

**LA RE-VUELTA DE LAS PALABRAS
-REFLEXIONES SOBRE ESCRITURA-**

CARLOS MERIÑO GARCÍA

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2014**

**LA RE-VUELTA DE LAS PALABRAS
-REFLEXIONES SOBRE ESCRITURA**

CARLOS MERIÑO GARCÍA

**Trabajo de grado para optar el título de
Licenciado en Filosofía y Letras**

**Asesor:
Mg. MARIO MADROÑERO MORILLO**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2014**

**“Las ideas y conclusiones aportadas en el trabajo de grado, son
responsabilidad exclusiva de su autor”.**

**Artículo 1º del acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966, emanado del
Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.**

Nota de aceptación

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

Firma del jurado

San Juan de Pasto, 8 de septiembre de 2014

DEDICO A

la noche, cómplice de las palabras en la re-vuelta

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	12
1. LLEGAR A LA ESCRITURA	15
1.1 Escritura en proceso: acercamientos	15
1.2 La re-vuelta de las palabras	19
1.3 Desde la otra orilla: devenir escritura	20
1.4 Pensar lo escrito	24
1.5 (Bio)ficción como fundamento de escritura	28
2. ESCRITURA AL DESCUBIERTO.....	31
2.1 La pregunta por el lector	32
2.2 La hospitalidad de la página	35
2.3 El escrito: singularidad literaria	36
2.4. Escritura en secreto	38
2.5 La escritura (se) habita en secreto.....	40
2.6 La escritura arde constantemente.....	43
2.7 La escritura se convierte en ceniza.....	44
2.8 La aventura del escrito.....	44
2.9 Lo escrito: del lugar de las palabras como acontecimiento	47
2.10 Los pliegues de lo escrito.....	50
2.11 Y la escritura se hizo cuerpo	52
2.12 Poéticas de lo escriturable	56
3. EXPERIENCIA DE ESCRITURA:	66
3.1 El escrito: Acontecer de la escritura.....	66
3.2 La lectura: Inauguración de un lugar	67
3.3 El escrito: Lugar de la relación	69
3.4 Poética de la lectura	71
CONCLUSIONES.....	74
BIBLIOGRAFÍA	

LISTA DE IMÁGENES

IMAGEN 1.

Nombre obra: Una poética de la alteridad
Nombre artista: José Jiménez Lozano..... 18

IMAGEN 2.

Nombre obra: La transparencia de las palabras
Nombre artista: José Jiménez Lozano..... 21

IMAGEN 3.

Nombre obra: figura escribiendo reflejada en un espejo
Nombre artista: Francis Bacon..... 25

IMAGEN 4.

Nombre obra: desconocido
Nombre de autor: desconocido..... 32

IMAGEN 5.

Nombre obra: Pluma que vuela
Nombre autor: desconocido.....45

IMAGEN 6.

Nombre obra: Tus palabras hoy
Nombre autor: desconocido.....47

IMAGEN 7.

Nombre obra: desconocido
Nombre de autor: desconocido.....53

IMAGEN 8.

Nombre de la obra: Reading the letter
Nombre de autor: Pablo Picasso (1921).....67

GLOSARIO

(Bio)ficción: Se entiende como la experiencia de las palabras que reafirma una retórica de la incertidumbre en el orden de lo escrito, ya que quien escribe ingresa en el espacio tensado de sus preocupaciones para identificarlas e iluminarlas en el espacio blanco de la página. En esa medida, quien escribe desanda el camino y entiende lo escrito como posibilidad y descubrimiento de un entramado de sentido. La (bio)ficción será la búsqueda de la alteridad, a partir de una doble representación: la de la propia vida en la escritura, y a la inversa, la de la escritura en la vida.

Escrito: Es el espacio que convoca, el punto en el que convergen las palabras en su devenir, llamando al universo como un todo acogedor, maravillosamente sensible, hospitalario, resplandeciente, en abundancia y en diferencia, en memoria. El escrito viene del descenso a la realidad terrena en la que habita el silencio, la asfixia, la oscuridad y el desierto de la página.

Hospitalidad educativa: El escrito ofrece una hospitalidad educativa, en tanto experiencia de escritura, para habitar la soledad de las palabras. Esta hospitalidad se escribe bajo el riesgo, lejos de la previsión, de los procedimientos. Se escribe, como el escrito, en la exposición del sentido. Por eso, el escrito se da en la apertura de sí mismo, en cada línea, en cada trayecto, a través de la interrupción de las palabras, que son el corazón latiendo de quien lee.

Escritura: La escritura es un espacio generador que dimensiona ese fenómeno que es el escrito, inscrito más allá de su superficie, en un tiempo anterior y en un escenario otro. No se trata ni de una separación, ni de la creación de una realidad aparte y desvinculada, sino de una perforación de las palabras y sus combinaciones, y de una apertura al interior de las mismas, para percibir aquello que se esconde en su zona generativa que es el espacio de las palabras.

Quien escribe: Quien escribe reclama su lugar en el conflicto de la página en blanco: por ser objeto, pero especialmente, por ser el punto de partida de un yo enfrentado a sus propios límites. Si bien el objetivo de quien escribe parece ser

el rechazo de lo que se abandona al margen, su reiteración es el lugar de la apertura por la cual el cuerpo, el lenguaje y la propia figura de éste experimentan la llegada de la escritura.

Quien lee: Es el lugar de la apertura de lo escrito. Es la alteridad con la que se establece relación con el otro hacia donde se dirige la escritura desde su zona generativa. Así quien lee es el que llega, pero también el que está destinado a ser. En todo escrito se da un paso hacia atrás para repetir que el saber requiere un no-saber, un saber-que-no-se-sabe y que es la esencia de toda escritura.

Re-vuelta: En este Trabajo de Grado, la re-vuelta se constituye en la espera de algo que está siempre por venir, afuera y adentro, abierta al mundo como mediación del “tiempo del ser”¹ en los gestos que se apoderan de las páginas. En ese movimiento, *la escritura es la espera de la escritura*.

Secreto: La escritura es uno de los lugares del secreto. No en el sentido, en que quien escribe poseería la llave que permite acceder al secreto, consciente o inconscientemente. El secreto es otra cosa más allá del alcance de lector, más allá de cualquier determinación o formalización del autor. Tal afirmación permite un paso más, otro paso, hacia una cierta estrategia del secreto.

¹ AGUILAR, Antonio. Blanchot: Retórica y escritura. Barcelona: Anthropos, 2001, p. 192.

RESUMEN

La escritura, desde sus orígenes, se gesta como una re-vuelta de las palabras, por su devenir mismo. En esa medida, toda exposición de quien escribe, es un desvío y envío del escrito más allá de sí, fuera de los márgenes de la página, en busca del sentido de escritura de un Trabajo de Grado. Ese sentido, es de este modo, la palabra errante, su destinación secreta. Así es como el escrito genera hospitalidad. Aquí radica el eje central de la propuesta que se ficcionaliza: una re-vuelta de las palabras que, como experiencia educativa, acoge al otro en su modo de escribirse, en su modo de leerse.

PALABRAS CLAVE

Escritura, re-vuelta, (bio)ficción, escrito, quien escribe, quien lee, hospitalidad, secreto, hospitalidad educativa.

ABSTRACT

Writing, from its origins, brews as a re-tour² of the words, due to its own evolution. In this extent, every exposition of whom writes, is a way of a detour and a way to send the work further itself, outside the margins of the page, in search of the sense of writing of a dissertation. In this sense, this is how, the wandering word, its secret destiny. In this way, the work generates hospitality. Here lies the central axis of the proposal which is turned into fiction: a retour of the words that, as an educational experience, embraces the others in their way to write, in their way to read.

KEY BOARDS

Writing, paper, (bio)fiction, writer, reader, hospitality, secret, educational hospitality.

² Se ha traducido re-vuelta por re-turn debido a la dificultad de encontrar otra palabra que guarde la misma connotación que se le ha querido dar en el texto. Se cree que es viable porque turn es la traducción al inglés de la kehré o giro propuesto por Heidegger y que retomando Gadamer, Levinas, Derrida, para desmontar luego el sistema de la filosofía, el giro o turn hermenéutico.

Quiero leer aquello que, sin embargo, no está escrito.
Maurice Blanchot

INTRODUCCIÓN

“Siempre el texto se escribe bajo la dulce coacción del amor. Mi único tormento, mi único temor, es no escribir tan alto como el Otro, mi único pesar es no escribir tan bello como el Amor. Siempre me viene el texto en relación con la Fuente. Si la fuente estuviese cerrada yo no escribiría. Y la fuente me es dada. No soy yo. Uno no puede ser su propia fuente. Fuente: siempre ahí. Siempre el destello del ser que me da el Ahí. Ojalá no pueda dejar de buscar, ojalá escarbe furiosamente con todas mis fuerzas y todos mis sentidos. Fuente que da el sentido y el impulso a todas las otras fuentes, que enciende la Historia para mí, pone en vida todas las escenas de lo real, y me da mis nacimientos cada día. Ella me abre la tierra y yo me lanzo. Ella me abre el cuerpo y la escritura se lanza. La amada, aquella que está ahí, aquella que está ahí siempre ahí, aquella que no falta, que no se ausenta, pero de quien cada frase llama a un libro – y de quien cada soplo inaugura en mi pecho un canto, un ahí que no desaparece pero que yo no «encuentro», que yo no encierro, que yo no «comprendo», un sin-límites para mi sin-límites, el ser que se da – a buscar-, que suscita y relanza el movimiento que me hace palpar el corazón, que me hace levar la tinta y partir de nuevo a buscar más lejos, eternidad inquisidora, incansable, insaciable, respuesta que plantea una pregunta, sin-fin.”
Hélène Cixous

La escritura se define a sí misma entre los dobleces de la palabra, para anunciar su historia, sus creaciones, su fuerza destinal oculta que se dimensiona en todos los alfabetos por venir. Desde ahí, si escribir es un llegar a las palabras, no es menos evidente, al mismo tiempo, asomarse a ellas desde territorios fronterizos en los que el peso de una alteridad amenazante se hace tan evidente como insostenible. En esa medida, no hay que entender lo anterior como una invalidación del otro como entidad empírica, sino más bien lo contrario: asumir desde su aceptación que toda textualidad representa el gesto de lo escrito, del por qué se escribe, injertado en el espacio de la página en blanco que se anuncia como discontinuidad.

Es importante que la escritura de este Trabajo de Grado genere un apertura de sentidos desde la cual se pueda enfrentar –e incluso diseminar–, a ese otro que todo lo conjura. ¿Cómo? A partir de unidades indecibles de simulacro escritural que habitan, resisten, desorganizan, no en el sentido de la dialéctica especulativa, toda memoria que se acentúa literaria.

Desde siempre el tema de la escritura ha desatado diversas discusiones en las que se ha pretendido sujetarla a una definición conceptual que pone en escena una serie de aperturas problemáticas que van desde *quién escribe y por qué lo hace, qué quiere decir y cómo lo dice*, hasta *cuál es su espacio literario y en qué medida se dimensiona*. Por eso para responder a esas preguntas el presente escrito deambula por los territorios del *quién* y del *cómo*, enfrentando lecturas de diversos autores (M. Heidegger, G. Deleuze, Maurice Blanchot, J. Derrida, Hélène Cixous, Jean-Luc Nancy...) que suscitan en sí mismas la pregunta base de investigación: ¿es posible esbozar una definición de escritura en la re-vuelta propia de las palabras?

En el Capítulo I, el análisis reflexivo sobre el tema de la escritura será el punto de partida fundamental: la reivindicación de quien escribe desata aperturas de un cuerpo de palabras que se imprime en los límites de lo escrito; así todo

trazo se convierte en una cuestión autoficcional, en un ejemplo de (bio)ficcionalidad³. Al mismo tiempo se intentará abismar un salto a una dimensión de proyección de escritura, en la que más que hablar de textos o textualidades, se reafirme la experiencia de las fronteras desde nociones que le dan la pauta dinámica al Trabajo, esto es: “la de ser cuerpo que se escribe como palabra de más”⁴.

En el Capítulo II, se configura una “lectura de paralaje”⁵ de las escrituras (la de los autores citados y la del escrito mismo) que juegan a desvelar la naturaleza especular de quien escribe. El movimiento se acompasa entre la presencia y la ausencia, lo propio y lo fronterizo, para resemantizar ese lugar que es la página desde los *sentidos* de toda escritura.

Por último en el Capítulo III, se pretende generar un contrapunto cartográfico de los “estados de paso”⁶ donde la escritura deviene una punta de lanza del corpus y del sentido⁷ que trae, entre ficciones y argumentos, los lugares donde las palabras asumen sus posiciones, por eso se vuelven palabras-ovillos, revueltas, llenas de intersticios –entre líneas– del sentido que permite repensar la educación como práctica y experiencia de escritura, esto es, como hospitalidad educativa.

³ Lo (bio)ficcional se dimensiona como el fundamento ontológico que se hace alteridad y mundo entre los márgenes de lo literario.

⁴ “Quizás cuerpo es la palabra sin empleo por antonomasia. Quizás es, de todo lenguaje, la palabra de más.” NANCY, Jean-Luc. *Corpus*. Madrid, Arena Libros, 2003. p. 19.

⁵ Según Slavoj Žižek, el paralaje es una brecha que busca recuperar nociones filosóficas (y en este caso literarias) renovadas como acontecimientos, para brindar y crear una línea de visión de ideas entrelazadas y vistas desde diferentes ángulos.

⁶ “Un mapa de virtualidades, trazado por el arte, se superpone al mapa real cuyos recorridos transforma. No sólo la escultura, sino toda obra de arte, así la obra musical, que implica estos caminos o andaduras interiores: la elección de tal o cual camino puede determinar cada vez una posición variable de la obra en el espacio. Toda obra comporta una pluralidad de trayectos, que sólo son legibles y sólo coexisten en el mapa, y cambia de sentido según los trayectos que se eligen. Esos trayectos interiorizados no son separables de unos devenires. Trayectos y devenires, el arte los hace presentes unos dentro de los otros; convierte en sensible su presencia mutua, y se define así, invocando a Dionisio como el dios de los lugares de paso y de las cosas de olvido....” DELEUZE, G. *Crítica y Clínica*. Barcelona: Anagrama, 2009, pp. 89-97.

⁷ La experiencia del sentido se *excribe* con las palabras o, más bien habría que decir, las palabras son la escritura, que se escribe en tanto se concede a lo que esparce desde fuera su identidad.

1. LLEGAR A LA ESCRITURA

1.1 Escritura en proceso: acercamientos

Pensar la escritura desde el mismo proceso de escritura da lugar a extrañas ceremonias, celebraciones secretas, siempre a punto de llegar. Su operación cifrada circula en la lengua de todos. En esa dimensión, la escritura es un espacio generador que da lugar a ese fenómeno que es el escrito, que se inscribe más allá de su superficie, en un tiempo anterior y en un escenario otro.

No se trata ni de una separación, ni de la creación de una realidad aparte y desvinculada, sino de una perforación de las palabras y sus combinaciones, y de una apertura al interior de las mismas, para percibir aquello que se esconde en su zona generativa. Este pequeño gesto, al igual que todo gesto⁸ en la escritura, implica, de un lado, la suposición de una *antescritura*, de aquello que preexiste en estado suspendido a la llegada de lo escrito; y del otro (llámese lector y/o escritor) la posibilidad de ver emerger en ese fulgor el sentido de creación de las palabras. En proceso, la escritura crea una nueva subjetividad y una nueva corporalidad que se tensan en los límites del texto, revelándose como acontecimientos al tiempo que se desplazan y resignifican. La escritura es así la representación de una *cora*⁹, lo que forma parte de un universo anterior a la constitución de su orden. Todo un desafío a la metafísica. Por ese

⁸ "El autor señala el punto en el cual una vida se juega en la obra. Jugada, no expresada; jugada, no concedida. Por esto el autor no puede sino permanecer, en la obra, incumplido y no dicho. Él es lo ilegible que hace posible la lectura, el vacío legendario del cual proceden la escritura y el discurso. El gesto del autor se atestigua en la obra a la cual acaso, da vida como una presencia incongruente y extraña, exactamente como, según los teóricos de la comedia del arte, la burla del Arlequín interrumpe de manera incesante las vicisitudes que se desarrollan en la escena y obstinadamente deshace la trama. Sin embargo, así como -según los propios teóricos-la bufonada debe su nombre al hecho de que, como un lazo, ella vuelve siempre a reanudar el hilo que ha desatado y aflojado, del mismo modo el gesto del autor garantiza la vida de la obra sólo a través de la presencia irreductible de un borde inexpressivo. Como el mimo en su mutismo, como el Arlequín en su burla, el autor vuelve incansablemente a cerrarse en lo abierto que él mismo ha creado. Y como en algunos viejos libros que reproducen, aliado de la portadilla, el retrato o la fotografía del autor, en cuyos rasgos enigmáticos intentamos en vano descifrar las razones y el sentido de la obra, así el gesto del autor vacila en el umbral de la obra como el exergo intratable, que pretende irónicamente poseer el inconfesable secreto." AGAMBEN, Giorgio. Profanaciones. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2005, pp. 90-91.

⁹ Lo anterior permite pensar la escritura como representación de todo origen. Según Derrida es la aparición de la alteridad, de la mezcla, de la problemática del lugar como utopía, para que en el modo de escribir las palabras, en la matriz, en el receptáculo, las palabras siempre tengan lugar originario.

motivo, hay un remontarse hacia lo que le precede, hacia ese esfuerzo desconocido, a su afuera, desde la huella imborrable de la presencia de las palabras. Es el cuerpo de todo origen.

Todo se concreta en un movimiento de manos, en volver los dedos hacia aquello que se persigue en el teclear y aun está en un exterior recuperable: el advenimiento de las palabras. La escritura se convierte en eso otro de la página en blanco pues su lugar se amplía en la "*experiencia de los límites*"¹⁰.

La página en blanco es memoria, la creación de una cadena de rememoraciones que convergen en el origen: hay una sobrecarga de sentido en el blanco de la página. En eso consiste el tópico de la inefabilidad, de lo indecible que persigue las palabras, "*lo indecible busca el decir*"¹¹ en el punto de máxima tensión con las palabras, en la verdad del estallido, se produce *la escritura*¹². Hay una concepción de la escritura como acogedora de estratos de sentido y como una lucha en esos límites ya referenciados en lo irrepetible y en lo fugaz¹³.

Lo que está en proceso no parte de un conocimiento previo de la experiencia sino que tal conocimiento se produce en la propia creación pues el uso de su expresión (de la *cora* como realidad objeto de la escritura) es el tiempo de su conocimiento. Es así como el proceso creativo se delinea como un proceso de indagación y tanteo, como un proceso de *arkhé*, de materia original, hasta lo informe, donde se incorporan perpetuamente las formas de sentido. La memoria de lo escrito no pertenece a la página, sino que, a esta le sobrevive o llega. Palabra clandestina que se hurta a la palabra escrita o que se está escribiendo-re-leyendo. Así la palabra remite a la soledad y a la supresión de la escritura misma.

Hay que subrayar el hecho de que la función de la escritura o su esencia, no es la de significar sino la de manifestarse. El lenguaje se convierte en espacio y lugar de la manifestación. La cuestión del origen hacia el que tiende la escritura tiene una profundización aclaradora: el origen es el despertar.

El sitio es el límite, el margen, en un filo, en el alba, en el comienzo de la luz que surge porque la sombra retrocede, en virtud del acontecer que ésta deja.

¹⁰ Michel Foucault propuso su análisis particular de Raymond Roussel y Antonin Artaud entendiendo sus escrituras como escrituras de corporalidad extrema, de carnalidad abrumadora dimensionadas en explicaciones del límite, pues la escritura se manifiesta cuando las palabras se liberan en esas realidades paralelas.

¹¹ HERNÁNDEZ LEÓN, Juan Miguel. Conjuguar los vacíos. Madrid: Abada Editores, 2005, p. 102.

¹² En ese punto se puede pensar en la hermenéutica de la escritura.

¹³ Es así que además, siguiendo los postulados de Blanchot, se generaría otra nueva dimensión de la escritura, en tanto ausencia de obra, pues "escribir no tiene su fin en el libro o en la obra. Al escribir la obra estamos en la atracción de la ausencia de obra. Al faltar necesariamente la obra no estamos, por lo mismo, por ese defecto, bajo la necesidad de la ausencia de obra." BLANCHOT, Maurice. La ausencia del libro. En: http://www.jacquesderrida.com.ar/restos/blanchot_ausencia_libro.htm

Por esto la escritura no se oye o se lee: nutre. La escritura en proceso consiste en ser aquello que siempre se sobrepasa, en estar rebozando de *sentidos*, en estar manifestando lo que lleva dentro. De esa manera, lo que ésta busca es revelar lo indecible que se disuelve en el blanco, entre palabras, en la marcha de su aparición. Tal alteridad no puede identificarse, es *trascendencia*¹⁴. Es única. Por eso lo que se escribe se pliega a lo discontinuo, a lo blanco que es luz.

En suma, escribir es una “*experiencia de la luz*”¹⁵. No es que el autor escriba y el autor lea un texto, es que ambos lo habitan iluminados. Así resulta en gran medida inconmensurable. No se puede comunicar una experiencia, se puede invitar a otro a tenerla. De ahí la grandeza de la escritura, su eficacia, que permite alojar y albergar aquello que la rebasa y desborda: la página escrita.

¹⁴ “Decir trascendencia es decir lugar de apertura del ser en los bordes de la página escrita”. GLISSANT, Édouard. Introducción a una poética de lo diverso. Barcelona: Ediciones del Bronce, 2002, p. 33.

¹⁵ La experiencia de la luz, por ejemplo en Cixous, se determina como una claridad solar que ciega la claridad visionaria del escrito. Por eso es que “para ir a escribir me es necesario escapar a la gran claridad que me atrapa (por) los ojos y los llena de grandes visiones crudas. No quiero ver lo que se me muestra. Quiero ver lo que es secreto. Lo oculto entre lo visible. Quiero ver la piel de la luz”. CIXOUS, H. El amor del lobo y otros remordimientos. Madrid: Arena Libros, 2009, p. 55

IMAGEN .1

José Jiménez Lozano
Una poética de la alteridad



Fuente: http://www.jimenezlozano.com/v_portal/informacion/informacionver.asp?cod=116&te=23&idage=116&vap=0

1.2 La re-vuelta de las palabras

Toda revuelta permite ir más allá en pleno enfrentamiento con el límite. En relación con lo escrito, se puede significar las textualidades de los márgenes para fomentar una cultura de la re-vuelta que contempla al escritor que se pone en movimiento a través de las manos.

Todo se plantea desde un despertar a una multiplicidad de significaciones que generan una vorágine (re)creadora. Las palabras despiertan a la musicalidad de la re-vuelta, entre una y otra, la experiencia de quien escribe reclama su lugar en el conflicto de la página en blanco: por ser objeto, pero especialmente, por ser el punto de partida de un yo enfrentado a sus propios límites.

Una vez más el pliegue se abre y devela que detrás de toda unidad no hay más que una multiplicidad generada en la interrupción de la representación y del cuestionamiento. En otro sentido, las palabras eclosionan para revelar la incompletud de la escritura.

De la escritura a la experiencia, de la experiencia a la revuelta, de quien escribe a la vida, la dinámica del límite, en tanto pliegue, lleva a una nueva torsión: ¿cuál es la travesía a propósito de lo que se escribe? Lo escrito es la obra que se experimenta como revuelta de las palabras. Éstas desaparecen y la escritura se despliega dinámica, al tiempo que describe las posibilidades de las palabras: su descentramiento y su inacabamiento. Por consiguiente, si a la obra le corresponde la inclusión en un proceso de encuentros, a la escritura le es más apropiada la realización de una pluralidad de la huella, de su diseminación, de su *declosión*¹⁶ de aperturas.

Sólo un movimiento del centro al margen y viceversa. La escritura pone en conflicto las realidades para superarlas al instante, en un vaivén diferencial de toda reiteración. Las palabras desde el umbral de una experiencia en re-vuelta, enfrentan una manera (rizomática en su devenir, en sus excesos) de articular su propio llegar a lo identitario¹⁷ como representación del mundo. No se concibe la escritura como expiación del hecho mismo de escribir. La escritura como ejercicio es un desastre que arrasa con los principios de la totalidad de las palabras.

Escribir desde aquí, desde este trabajo de grado, es colocarse en el camino de la re-vuelta de las palabras y terminar con la certidumbre del libro y del escrito. En esto se da en el lugar de la escritura pues ella conduce a la búsqueda del

¹⁶ Desde Jean-Luc Nancy la *declosión*, en este contexto de escritura, se definiría como un abrir la oscuridad perdida de la página, donde el “estallido de las palabras” debe pensarse en lo que se escribe, o, mejor aún, como estallido en el fondo de lo escrito y de quien escribe, que hace de ellos lo que se dona.

¹⁷ Lo identitario en Heidegger parte de una unidad originaria y orienta la historia del ser hacia la unidad de un destino. Ese destino, en este escrito, es y será el mismo acto de la escritura.

escrito, del libro, ellos son un movimiento hacia un lugar que al creerse alcanzado, desaparece.

El tiempo de creación constituye al mundo como un cúmulo de representaciones en el límite del espacio en blanco, en la soledad que es esencia de todo escrito. Así, escribir es una re-vuelta, un entregarse a la apertura de los tiempos ya que quien escribe pertenece a la soledad de las palabras, en tanto le pertenece sólo el escrito. En re-vuelta las palabras ocupan un espacio interno, como interioridad del texto, una trama que se define como abiertamente inconclusa. En ese movimiento, *la escritura es la espera de la escritura*, es decir, espera de algo que está siempre por venir, afuera y adentro, abierta al mundo como mediación del “tiempo del ser”¹⁸ en los gestos que se apoderan de las páginas.

1.3 Desde la otra orilla: devenir escritura

“Antes había querido ser los otros para conocer lo que no era yo. Comprendí entonces que ya había sido los otros, y eso era fácil. Mi mayor experiencia sería ser el otro de los otros; el otro de los otros era yo”.

Clarice Lispector

El extranjero puede serlo por hablar una lengua distinta, por tener un lugar originario diferente al espacio que se habita o, simplemente, por poseer un sistema cultural otro, pero casi siempre por la huella de una alteridad amenazante y peligrosa que queda tatuada en el cuerpo como *impronta de identidad*¹⁹. Por eso, la escritura (véase, por ejemplo, desde H. Cixous y Blanchot) es un extrañamiento múltiple: el que ella misma experimenta en relación a su llegada, a su venida en el lugar propio de la página, que no es más que el acontecimiento hecho mundo que crea líneas de fuga en los márgenes de lo escrito.

Si bien el objetivo de quien escribe parece ser el rechazo de lo que se abandona al margen, su reiteración es el lugar de la apertura por la cual el cuerpo, el lenguaje y la propia figura de quien escribe experimentarán un importante repliegue: la escritura se desbordará en un primer pliegue corporal que la desterritorializará y, al mismo tiempo, el cuerpo insinuará en su interior el estrecho vínculo con el mundo, a raíz del cual quien escribe será reterritorializado en una *esfera distinta*²⁰. De una esfera ajena a otra céntrica, la dinámica del pliegue reclama su tener lugar en la página, en las escrituras relegadas y, por ello, constituidas en textualidades al margen.

¹⁸ AGUILAR, Antonio. Blanchot: Retórica y escritura. Barcelona: Anthropos, 2001, p. 192.

¹⁹ Vivir con el otro enfrenta la posibilidad e imposibilidad de ser ese otro. Por eso esta palabra deviene exilio, el cosmopolitismo de los desterrados.

²⁰ Quien escribe se asociaría con el cambio y la mutación. En esa medida, sería el destinado a acontecer en el mundo de la ficción.

IMAGEN .2

Francis Bacon
Imagen escribiendo reflejada en un espejo



Fuente: <http://www.theartwolf.com/news/bacon-sothebys-may-2012-es.htm>

En su libro “*El pliegue: Leibniz y el Barroco*”²¹, Gilles Deleuze adivinaba el poder del *pliegue*²² como representación de un periodo abierto a las posibilidades del infinito: el pliegue visto desde la escritura es la imagen del movimiento de apertura estética que deviene como *performance*²³. En otras palabras: el pliegue, en su juego de devenir, se re-vela como una línea de inflexión que es virtualidad que se actualiza en el alma, y se realiza en la página con cada palabra como universo de sentido.

Mano y palabra, cuerpo y lenguaje, vida y literatura: la conjunción que separa también diferencia pero lo hace instalada en una continuidad que afirma la “escritura de lo diferente”²⁴. Así, lo que se desborda en el exterior de la página en blanco no es más que la representación de lo que se insinúa en su interior: la afirmación en la diferencia. En el exceso del devenir escritura se reclama al cuerpo y a las manos como ejes de actuación. De esa manera las manos en el teclado confluyen para iluminar en su puesta en contacto el espacio blanco de la página.

Desde aquí, quien escribe rodea los pliegues de las palabras obligado a caminar por el lado opuesto, ni muy cerca ni muy lejos del centro, sino rodeándolo siempre en la frontera, franqueándola. Al final se experimenta la llegada a la escritura como vida literaria que señala en el papel las potencias reveladoras de las palabras. Inscrito en este instante crucial, el devenir escritura crea entidades al margen, la alteridad se erige en realidad, en corpus de una trama que lo envuelve todo de una conformidad más amplia de la cual las palabras se desprenden.

La escritura en su devenir es siempre un cuerpo, un tacto, que no se limita, y se destaca, y se va, se marcha y se escribe entre lejanías, y por ello es susceptible de estar fuera de sitio, desencajada de sí misma, con lugar y tiempo propios. En cierta forma toda escritura es un cuestionamiento abierto a

²¹ DELEUZE, G. *El pliegue: Leibniz y el barroco*. Barcelona: Paidós Ibérica, 1989.

²² “La idea de pliegue en la escritura permite descubrir “nuevas maneras de doblar, plegar, plisar, similares a nuevas envolturas (...) porque lo que importa es plisar, doblar, desdoblar, redoblar”. Op. cit., p. 137.

²³ El performance se determina como un cuerpo en extensión y en exposición pues “no es sólo que un cuerpo esté expuesto, sino que un cuerpo es aquello que *consiste* en exponerse. Un cuerpo es estar expuesto. Y, para estar expuesto, hay que ser extenso (...)” NANCY, Jean-Luc. *Corpus*. Op. cit., p. 109.

²⁴ Este tipo de escritura, partiendo de Derrida, es la apertura creadora del significado, en la exigencia de otra relación con el lenguaje, con la voz, con las palabras que señalan la experiencia de la libertad en la acogida de su inscripción. Con el escrito, se habla de lo que es abierto e infinito, de lo que es lo abierto de la clausura misma, de lo infinito de lo finito mismo, en el encuentro con las palabras y con el universo.

la presencia, entendida como totalidad o unidad de las sensaciones, más aún del “acontecer literario”²⁵.

El *referente*²⁶ es engullido por la escritura que se delinea nuevamente, sin escape, sin presencias plenas, palabra tras palabra, como un espejo frente a otro espejo, cuerpo a cuerpo, como una clausura de lo que todavía no se representa. Superposiciones de palabras y de manos y de escrituras, de manos de escritura. Por todo ello, se observa en ese devenir, que el fondo es un fluir íntimo e inevitable, donde se juega la gestación y el devenir de las cosas, su naturaleza creadora.

El devenir es lo expuesto, la corteza exterior, la savia interna de la vida. La exposición de la escritura con todas sus donaciones, existe antes de aparecer, en la mente de quien escribe, como espera de su puntual y fatal representación. Así lo que se expone en lo escrito existe de antemano. Se trata de un paso a la forma del cuerpo, a su destino disfrazado de palabras.

En efecto, una escritura que deviene escritura, apunta a un horizonte destinal que siempre hay que traspasar con la certeza de estar dando, ‘un paso (no) más allá’²⁷ de lo escrito.

*Escribir*²⁸ es donar la palabra en los umbrales donde se nombra, donde la propia materialidad de lo literario constituye el referente sustancial de lo que llega que es el sendero de la verdadera palabra. Instantes de donación dentro de una apertura a lo secreto de la memoria; su palabra, despierta lo guardado y emancipa al libro como personaje del libro. Esa memoria de la palabra es el misterio de lo literario que trasciende la memoria vana “basada en la mera

²⁵ En esa medida, las palabras empiezan a ser acontecimientos discursivos sublimes que iluminan. De ahí los autores ejemplares que dispone Blanchot. Véase: BLANCHOT, Maurice. *El Libro que Vendrá*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1992.

²⁶ El referente puede direccionarse por otras vertientes o devenir opaco indefinidamente. Por ese motivo, el límite del referente encoge las palabras en la página para tocar lo indecible: nadie puede decidir dónde está la frontera entre lo escrito y sus afueras.

²⁷ “El paso (no) más allá que no se cumple en el tiempo conduciría fuera del tiempo sin que dicho afuera fuese intemporal, sino allí donde el tiempo caería, frágil caída, según aquel «fuera de tiempo en el tiempo» hacia el cual escribir nos atraería, si nos estuviese permitido, tras desaparecer de nosotros mismos, escribir bajo el secreto del antiguo miedo.” BLANCHOT, Maurice. *El paso (no) más allá*. Barcelona: Paidós, 1994, p. 29.

²⁸ En este contexto escribir también podría ser un encuentro de donación amorosa con las palabras. En palabras de Cixous escribir implica “gozar como gozan y hacen gozar sin fin los dioses que crearon los libros; los cuerpos de sangre y papel; sus letras de carne y lágrimas; que ponen fin al fin. Los dioses humanos, que no saben lo que han hecho. Lo que verlos, decirles, nos hacen. ¿Cómo no habría deseado yo escribir? Puesto que los libros se apoderaban de mí, me transportaban, me traspasaban hasta las entrañas, me hacían sentir su poder desinteresado; puesto que me sentía amada por un texto que no se dirigía a mí, ni a ti, sino al otro; atravesada por la vida misma, que no juzga, que no elige, que toca sin señalar; ¿agitada, arrancada de mí, por el amor? ¿Cómo habría podido, con mi ser poblado, mi cuerpo recorrido, fecundado, encerrarme en un silencio? Venid a mí y yo vendré a vosotros. Cuando el amor te hace el amor, ¿cómo no ibas a murmurar, a decir sus nombres, a agradecer sus caricias?”. CIXOUS, H. *La llegada a la escritura*. Madrid: Amorrortu, 2007, pp. 26-27.

emotividad”²⁹, para crear comienzos que devienen “otra luz”³⁰ en las *noches del pensamiento*.

Hay en todo esto un movimiento cauteloso. El inicio es el inicio de la escritura, pero ¿qué hay antes de lo escrito? A fin de hallar el lugar propicio lo escrito se delinea como el ser de las palabras y la escritura se manifiesta como el claro, el despeje, la claridad. Iluminación súbita. Y lo escrito deviene en su articulación, en su sustitución, en aquellas palabras que relampaguean, es decir, en la escritura donde las palabras son la apertura iluminada del mundo que se pone en obra. Quien escribe habita en lo impensado de ese movimiento de la luz que no es más que el desierto de la página en blanco.

1.4 Pensar lo escrito

¿Qué hay de pensamiento en lo escrito? ¿Se encuentra el pensamiento antes o después de la escritura? Todo horizonte es una experiencia. En el caso de la escritura, una experiencia del pensamiento. El pensamiento: no otra realidad sino aquello que la realidad domina. Lo esencial es su relación con la presencia, a la que por rodeo otorga huidiza forma. El pensamiento le apunta a las palabras, exactamente como se apunta al blanco con una flecha. Pero el pensamiento también designa una excedencia bajo el signo de lo imaginario; un reino que no es otro sino el de la experiencia de lo lejano, de aquello que no está apropiado en la representación de lo escrito. Su aparecer se da como un diálogo en los tiempos del origen, pero con un origen cuyo signo mayor es el escape, la huida, la inasibilidad: acaso la significación misma. Escribir es pensarse entre palabras, para abrirse sin esperanza al fuego, al abismo del blanco, y quien escribe se abandona a los gestos fundadores de las palabras, a su fractura y a su distancia.

Del pensamiento que se escribe volvemos con restos, como Orfeo, pero ni siquiera como Orfeo. Orfeo va con su música y vuelve, sin Eurídice, pero con su música, un poco más triste, un poco más profunda, un poco más música. Quien escribe va al pensamiento y vuelve un poco más, un poco más sutil, engeguado por la luz de los umbrales. Un modo otro del pensar, un modo ciertamente borroso, matinal, fugitivo, silencioso. Y se sospecha que ese otro

²⁹ BÁRCENA, Fernando. El delirio de las palabras. Ensayo para una poética del comienzo. Málaga: Ediciones Rúbeo, 2009, p. 246.

³⁰ “Siempre cuando me voy (escribir es primero una partida, un embarque, una expedición) primero me hurto al mundo y a la sociabilidad diurna por un sentido truco de magia: cierro los ojos, los oídos. Y el truco está hecho: las amarras se han roto. Al instante no estoy ya en este mundo político. No existe ya. Detrás de mis párpados estoy en otra parte. En otra parte reina la otra luz. *Escribo en la otra luz.*” (Las cursivas son mías) CIXOUS, H. Op. cit., p. 55.

modo no es precisamente otro lugar, sino lo anterior a todo lugar. Lo anterior a toda adjudicación de realidad. No otro tiempo, ni otro lenguaje: el antes de toda historia y el antes de todo verbo. La raíz calcinada del sentido, ese ruido de fondo, ese murmullo de dorados insectos, esa pluralidad continúa. En el desierto del blanco de la página nacen todas las palabras.

IMAGEN 3.

José Jiménez Lozano
La transparencia de las palabras



Fuente: http://www.jimenezlozano.com/v_portal/informacion/informacionver.asp?cod=120&te=27&idage=120&vap=0

¿Qué significa pensar-escribir sino calcinar, deformar, tachar, esconder, encentar la forma pura? Una forma que quien escribe sabe que es difícil de encontrar. Quizá el desierto en blanco sirva para entender la pureza de las palabras como señales para habitar lo esencial. En un escrito, *como este que se escribe*, lo esencial es el llegar en el telar de la página y una escritura que se descifra a cada lectura. En el pensamiento, un trozo de papel roído por lo escrito y marcado por la voluntad literaria de la memoria. El retablo en su

ausencia y su devoción. La escritura no apunta a otra cosa que pensarse a sí misma: a su insensata pero también irreversible aparición. El pensar. Su soporte. De la página en blanco su resto, su estética contraída, su luz y su noche, su lluvia de palabras.

La apuesta consiste en dejar que el soporte-página tome la rienda y la palabra. Y ello significa que el sentido de lo escrito está en la lejanía, en el horizonte del blanco. Lo escrito es el anuncio, el anuncio del pensamiento-luz. La luz en la tinta, la tinta en la trama, en lo que la luz y la tinta dejan, marcando ritmos en el devenir del mundo, entre sus fibras y sus ranuras. Allí nace y flota, y se presencia una figura del sentido suspendida en la gravedad del tiempo, de la rotación de las palabras y de sus acontecimientos. La página en blanco, la blancura recordada por un atisbo y teñida por una sola palabra. Trémulo, inseguro retorno de la arena y del papel en la escritura, la insolación y el horizonte. A cada paso una vuelta al siempre desierto del blanco. Este territorio es el tiempo del puro ascenso y de la caída. Quien escribe es el lugar abierto, lugar expuesto a la intemperie, lugar arrojado al aire libre, la escritura tiende al firmamento de lo universal que está hecho de tierra. Un magma expedido al azul del cielo, de paso y de vuelta. Y en este desgarramiento constitutivo va y viene, sin reposo.

La escritura dice ese incesante resbalar de la palabra, este deslizarse en el límite, queda de sí manifestada.

La escritura es el rayo del pensamiento, por eso relampaguea: lejos de contradecir y de totalizar, afirma la in-finitud casi en ruinas, casi sin aliento, como en un laberinto, con una alegría suplicante, con involuntarios pasos de paloma, en lo interminable, en la afirmación sin fin que es la misma afirmación que habla del cuerpo, o mejor, en la que el cuerpo habla, en la que el texto es un cuerpo, el de quien escribe pues también entre más cuerpo, más escritura, entre más dedos, más palabras.

En el texto, quien escribe pone en relación cuerpo y escritura, jugando con el doble sentido del hablar del cuerpo, es decir, escribir es crear un texto que habla y escribe el cuerpo, pero no sobre el cuerpo. El cuerpo recorre todo el texto, presente-ausente desde el principio, pero no es un tema, no es objeto del discurso, no es objetivado, puesto que aparece precisamente para ser rescatado de la lógica objetivizante, esto es, de la lógica falogocéntrica. Al mismo tiempo, es un texto desde el cuerpo, donde el cuerpo habla, el cuerpo de quien escribe y los cuerpos de los autores y lectores que son convocados, invitados, incitados a hablar, a hablarse y a escribirse: "Escríbete: es necesario que tu cuerpo se deje oír"³¹.

³¹ JIMÉNEZ. J. Cuerpo y tiempo. Barcelona: Destino, 1993, p. 78.

Por supuesto, el cuerpo convocado es el de los lectores. Y a la vez es el cuerpo el que desea la alteridad, pues él mismo también es alteridad. Es el cuerpo que, con todo, sigue permaneciendo en las propias palabras.

Asimismo la escritura confirma el peligro y la inocencia de ella misma, instándola a imitar su valentía de ir a las fuentes, a lo extraño del yo. La de volver, a ella, casi sin el yo, sin renegar de la ida en un canto a la naturaleza de las palabras, el origen del mundo y su gozo concentrado en la simplicidad de lo que se va escribiendo.

1.5 (Bio)ficción como fundamento de escritura

Escribir es gritar las palabras y conjurar su efecto. Escribir es alentar un rumor. La vida y la muerte quedan enroscadas en el corazón de la escritura materializándolas en la ficción del nombre y de la voz. Ante tal argumento no se puede dejar de indagar el resquicio por el cual toda escritura (*en especial esta escritura*) se diluye en una vida otra que a la vez es una ficción otra, aquella que aun admitiendo el destino escritural de descubrimiento, reivindica la posibilidad de otro modo de ser de la ficción en tanto es vida de quien escribe. La (bio)ficción, en esa dimensión, es la experiencia de las palabras que reafirma una retórica de la incertidumbre en el orden de lo escrito, ya que quien escribe ingresa en el espacio tensado de sus preocupaciones para identificarlas e iluminarlas en el espacio blanco de la página. En esa medida, quien escribe desanda el camino y entiende lo escrito como posibilidad y descubrimiento de un entramado de sentido.

La (bio)ficción será la búsqueda de la alteridad, a partir de una doble representación: la de la propia vida en la escritura, y a la inversa, la de la escritura en la vida. Así lo que se escribe asegura no solo la repetición de vida y escritura en la espiral de la representación escrita sino la *supervivencia* de la ficción. Y se subraya el término porque al mismo tiempo se traza el recorrido de un fracaso, al revelar que tras la escritura de la vida, de sus palabras, se esconde el deseo de dotar de ficción aquello que carece de ésta: la vida deja de ser punto de partida y se convierte, con todas sus escrituras, en el punto de llegada.

La posibilidad que permite a la escritura decir lo otro de la ficción y hablar de vida mientras habla de otras indagaciones: la posibilidad de escribir en la diferencia que (se) ofrece a la lectura, incluida la escena de la lectura misma, del cuerpo que perfora la letra y decide gritar su identidad en su multiplicidad y en su desaparición, porque, en diversas instancias, quien escribe (se) escribe desde el riesgo, desde la identidad explícita y la "*mise in abyme*"³² de la

³² La mise en abyme es una figura que llega desde la pintura a la literatura, es un fenómeno artístico que debe su denominación a un procedimiento heráldico que André Gide descubrió en

interioridad. Lo anterior genera un *punctum*³³, que es de intensidad, de tiempos. Es la escritura desgarrada, lo escrito en estado puro.

Ya no importa el detalle ni el corte que despunta y punza a quien lo encuentra, sino que hace emerger, como “resto cantable”³⁴, el lugar de todos los encuentros: el lector busca en su esencia y reencuentra en la figura de quien escribe la revenida del mundo de las palabras. Lo (bio)ficcional, en esa instancia, certifica el rastro de los otros por venir, que se expresan y signan en el lugar del uno y ante el otro como ejemplo órfico por sostener, cantar y recordar aquello de la vida que ya no existe y que seguramente jamás existió.

En este sentido, lo del añadido (bio) implica un juego de sustituciones e inclusiones donde lo (bio) de la palabra (bio)ficcionalidad renace en la escritura de un yo que se hace alteridad y mundo, de una vida colindante en la ficción en paralelo, de una memoria fundamentada en las palabras. Dicho de otra manera: escribir es vivir la ficción de las palabras, dar entrada a la vida que se escribe en la alteridad del lenguaje. Entonces el centro es la escritura, lo que se escribe. De ahí se desliza el componente del (bio) a la ficción, es decir, sustituir el cuerpo de quien escribe por el cuerpo de la letra y transformar así la escritura de la vida en escritura vivida. Así se manifiesta una realidad: si hay vida en la ficción, es el cuerpo de las palabras que empieza a vivir, a respirar, en esencia, en virtud de que quien escribe se crea a la medida de su propia escritura que es como un ángel que trae la desnuda verdad, toda la humildad y silencio del mundo, su propio yo antes de la escritura y en el interior de la escritura. Y se descubre su rostro que se aparece como el rostro de la visión en el blanco de la página. Todo ello visto como máscara que se quita y se cambia en un segundo y en un tercer rostro que se descubre y en el cambio y en su número ilimitado su alma se trastorna en la contemplación, la ferocidad divina de la escritura cuando da a contemplar la verdad de sus rasgos, su alterabilidad torrencial. De esa manera, la escritura como (bio)ficcionalidad representa a la vida por todos sus nombres cálidos y frescos. Es la libertad absoluta, la perfección, el don de una alegría irresistible.

1891. Este término posee varias denominaciones: "Relato interno", "duplicación interior", "composición en abismo" o "construcción en abismo", "estructura en abismo", "narración en primero y segundo grado". Quizá "estructura abismada" sea, en castellano, una denominación precisa". La puesta en abismo entrega un camino laberíntico con varias puertas en sus costados, a veces se puede perder o hallar una salida engañosa, así que se tiene que continuar la lectura y seguir buscando hasta salir a la luz. La raíz común de todas las puestas en abismo es la noción de reflectividad, esto es que el espacio reflejado mantiene una relación con su reflejo por similitud, semejanza o contraste.

³³ El *punctum* de una fotografía —señala Barthes— “es ese azar que en ella me despunta (...) Surge de la escena como una flecha que viene a clavarse (...) El *punctum* puede llenar toda la foto (...) aunque muy a menudo sólo es un detalle que deviene algo proustiano: es algo íntimo y a menudo innombrable.” BARTHES, Roland. La Cámara Lúcida. Nota sobre la fotografía. Madrid: Pretextos, 1999, pp. 56-59.

³⁴ Paul Celan decía que de sus versos se desprendía un “resto cantable” (Singbarer Rest) o entorno no dicho que complementaba el sentido de sus poemas. Palabras, sobreentendidos y silencios dejarían en suspenso —del mismo modo que la predicción (pitia) del oráculo— el significado concluyente de lo escrito.

En el eco de este teclear se escuchan sus pensamientos subiendo y descendiendo con pasos de otros antiguos ángeles a lo largo de la escala de los alfabetos. Y el escrito se torna en la obra de un misterio y la historia de esta obra es su lección. El escrito es el nombre que convoca, que llama y hace llamar, llamando al universo como un todo acogedor, maravillosamente sensible, hospitalario, resplandeciente, en abundancia y en diferencia, en memoria. El escrito viene del descenso a la realidad terrena en la que habita el silencio, la asfixia, la oscuridad y el desierto, y todos los jardines se convierten en palabras.

Una vez más la escritura viene a rescatar del desierto, la oscuridad y la sed porque ella sustenta la visión que capta el ser escritura de verdad, que traspasa las apariencias y llega al corazón de las cosas.

Entonces siguiendo lo hasta aquí referido, escribir implicaría desgarrar la ficción, en un ejercicio en el que el tachado se transforma en subrayado. Ante la vida que cae en la ficción y la borra, se opone la escritura que la recupera y la señala, para hacerla emerger como una dimensión propia de la alteridad que se manifiesta en tanto trasgresora de sus gestos.

Quien escribe traza una cartografía y un desafío, mediante su (bio)ficción en la que los márgenes de un discurso cerrado, se excluye de antemano. Quien escribe manipula el rostro que enfrenta y al mismo tiempo metamorfosea el suyo en una serie de pluralidades y continuidades. Asimismo, la escritura camina paralela entre la ficción y el mundo, sorprendida en su autonomía, pero sin perderse ni abandonarse en su rumbo.

Escribir un trabajo de grado supone, desde aquí, gritar más que nunca el valor de todo pensamiento subjetivo y, al mismo tiempo, mostrar la huella de ese libro invisible donde están prefigurados, de maneras fraccionarias, todas las ficciones, sensaciones y pensamientos que los hombres tienen mientras escriben. Por tanto,

Seguir escribiendo es como quien usa las palabras como cebo: la palabra que pesca lo que no es palabra. Cuando esa no palabra muerde el cebo algo se ha escrito. Cuando se ha pescado entre líneas se puede tirar con alivio la palabra. Pero ahí acaba la analogía: la *no-palabra* al morder el cebo, la ha incorporado³⁵.

³⁵ LISPECTOR, Clarice. La pesca milagrosa. Madrid: Siruela, 1988, p. 89.

2. ESCRITURA AL DESCUBIERTO

Lo que acontece en la escritura, acontece como un poner en escena. Poner en escena una fractura interna de la escritura misma. El paso a la escena se da en lo escrito: la posibilidad de dimensionar en la obra, en su acontecer, el mundo. El compromiso de lo escrito es un compromiso del cuerpo. Las palabras se inscriben en este desbordamiento hacia el otro: la transferencia entre el espaciamento de la diferencia. Por ello, lo escrito se da por una expropiación (lo que se desborda hacia el otro). Las manos de quien escribe no se desmarcan del cuerpo, sino que lo escriben fuera, en los márgenes, se anticipan a todo por venir del lenguaje. Es por esto que la escritura lanza sobre la hospitalidad una especie de seducción o asedio. Como lugar de todos los lugares, la escritura asume, en su cuerpo, un deseo (quizás de sentido) que, porque corre sobre la línea de una promesa, no puede jamás consumarse. La escritura esconde elípticamente algo que no llega nunca a presentarse, a volverse efectivo, a consumarse.

La escritura pro-yecta más allá de lo que se manifiesta como presente de una experiencia de representación, por eso lo manifestado en el margen, insinúa el paso o por lo menos un deseo de paso (no) más allá de la anunciada manifestación.

Este comportamiento inusual de la escritura plantea aquí otra cuestión de hospitalidad, o de una hospitalidad otra, diferente de la hospitalidad en su sentido ético-político habitual. Un comportamiento extraño es un comportamiento no conforme consigo mismo, que se vuelve extranjero dentro de sí mismo, dentro de su propia extranjería. Doble extrañeza, por tanto: respecto de sí y respecto de los lugares con los que comparte márgenes.

Lo que se pretende en este capítulo es señalar, anotar e interrogar esta extrañeza de la escritura: tocando el cuerpo de la escritura. Tal vez algunos de los escritos de los autores leídos permitan leer alguna cosa relevante para el trabajo de grado. Puede que –tocando el cuerpo de sus escrituras– se identifique marcas en las que se aloja un deseo del otro. Puede que, en la extrañeza natural de la escritura, se desarreglen las propias reglas de lo escrito. Puede que, finalmente, se necesite cambiar de rumbo o buscar un rumbo otro. Puede que, apuntando a ‘otro cabo’ (al cabo del otro) se invierta el sentido de ciertas preguntas.

2.1 La pregunta por el lector

El lector llega para golpear (el umbral, el margen, el escrito) y, a la vez, interrumpir un estado de cosas y desplegar las tensiones, las desarticulaciones sumadas de las escrituras por venir.

Como todo acontecimiento, también la pregunta del lector, como un golpe, puede abrir un espacio de decisión. No es necesario siquiera que abra la boca. No es necesario que conozca una sola palabra del escrito que aborda. La pregunta va planteada por su llegada misma, por el acontecimiento de su exposición.

Todo es desproporcionado a primera vista: la enormidad del sentido (que nunca muestra su verdadero rostro) y la pequeñez del que llega. Y sin más dicha desproporción, el acontecimiento es fracturante, capaz de reinventar un espacio para una decisión, un cambio del estado de cosas. Esa capacidad es lo que hay de locura en la hospitalidad literaria: abrir un hueco, un vacío para que los sentidos puedan acontecer ahí, para que la escritura, absolutamente imprevisible, se cruce con una oportunidad. El que llega después, el que siempre llegará sin jamás terminar de llegar, ese otro extranjero que la escritura presentará imprevistamente, tendrá su lugar en las palabras.

Esta hospitalidad literaria no es solamente una cuestión ética o política. Es una cuestión del escrito, de todo escrito, de todo lo que en general acontece. Un escrito perfecta y cabalmente inteligible se constituiría como un cierre, una frontera infranqueable para el que llega, para el que tal vez llegue. Un escrito saturado de sentido no se daría a leer, porque ya estaría leído, ya estaría acabado. En un escrito así nada podría ocurrir, porque el tránsito estaría cortado, sin líneas de paso.

Dar a leer al otro significa también dejar desear, o dejar al otro el lugar de una intervención por medio de la cual pueda escribir su interpretación: el otro deberá poder firmar en mi texto. Y es aquí que el deseo de no ser comprendido significa simplemente hospitalidad a la lectura del otro y no rehúsa del otro³⁶.

El escrito no puede (y no debe) impedir su propia distensión hacia delante, no puede contrariar esa tensión que se acoge en lo que se desea, más bien se debe trazar el camino del deseo, dejar una apertura donde el propio deseo que late pueda encontrar e interrumpirse en un deseo otro, el deseo de quien es otro, del lector, del intérprete, del visitante, del ser entre los márgenes.

³⁶ DERRIDA, Jacques y FATHY, Safaa. Rodar las palabras. Al borde de un filme. Madrid: Arena Libros, 2004, p. 32.

IMAGEN 4.



Fuente: <http://www.taringa.net/posts/apuntes-y-monografias/16147583/Quieres-escribir-una-novela.html>

La hospitalidad literaria es el deseo de lo porvenir en las palabras. El porvenir es el lector más el lector, el que llega, que está por llegar, para hacer la pregunta, para cuestionar la autoridad de quien escribe. Por ello, el lector siempre es más grande que el escrito, porque se presenta (sin nunca presentarse efectivamente) como un no se sabe. No se sabe quién es y no se sabe cuándo se presentará. Este 'no se sabe' no es una ignorancia o un desprecio por la escritura, sino una confrontación del saber de las palabras con sus propios límites, en sus propios márgenes.

El lector ya está, de alguna forma, en el escrito. Sin haber llegado efectivamente, ya ocupa su lugar en el deseo, en la expectativa de su llegada. Por eso el lector es más grande que el escrito a donde llega, a donde llegará: lo (pre)ocupa y lo llena con su fantasma. La orilla, el margen no es ya (desde siempre) un espacio virgen y homogéneo, sino que está (pre)ocupado por otro escrito, otro lector.

La pre-ocupación en el margen, a partir del margen, de la página en blanco que divide, se opera oblicuamente. El camino que traza los márgenes de la página, se posiciona en la palabra que divide y muralla el sentido cortada en sesgo respecto al hilo, respecto a la regla y a la autoridad de lo escrito.

La postura del margen en quien lee determina el re-conocimiento de que la supuesta margen está a la vez dentro y fuera del cuerpo del escrito. Esa postura de quien lee (¿dónde ha llegado, cómo ha llegado para asediar el escrito?) desacomoda las palabras y la margen que, de este modo, no es más una instancia de separación, sino un espacio de contacto y contaminación. La tela del escrito queda puesta en tela de juicio por un margen que ya no vigila, ya no puede garantizar la división entre un espacio virgen y un espacio ocupado, entre un espacio homogéneo y un espacio heterogéneo, entre un espacio liso y un espacio marcado. La presencia amenazante del lector hace desbordar la lógica de un discurso acotado por los lindes de la unidad, del sentido, de la pureza. El lector opera, pues, como la figura de este desbordamiento, de esta ocupación que cuestiona lo propio del escrito.

El lector es el que llega, pero también el que está destinado a ser. El lector es en el lugar del escrito y de todos los escritos por venir. Así también el lector llega para partir: el escrito es, él mismo, una instancia de paso, de transferencia, que está destinada a la borradura. En todo escrito se da un paso hacia atrás para repetir que el saber requiere un no-saber, un saber-que-no-se-sabe y que es la esencia de toda escritura.

Se retoma el hilo de la argumentación inicial del sub-apartado: ¿cómo escuchar la pregunta del lector? Se trata de escuchar una pregunta, una sola pregunta: esa que, sin pronunciar una palabra, el escritor dirige a su lector. Ya está avisado de que el tema de la hospitalidad literaria precede la propia ontología del escrito, pues la pregunta por el ser del lector presupone ya un espacio de acogida. Las palabras, cada palabra, en su destino aventurero a través del

recorrido errante de la escritura y diseminación permanentes, nada podrían ser o significar sin la acogida en la página.

Los lectores, como guardias fronterizos, han resistido al asalto de la pregunta base. Y al final son ellos quienes han interrogado, que han, quizás, torcido la línea de los argumentos, para mantener abierta la puerta de la interpretación.

2.2 La hospitalidad de la página

El escrito espacia lugares, los inventa, los construye, los proyecta, como se reflexionará dentro de un momento. Esta posibilidad de grafía del t(r)opos –la posibilidad topo-gráfica del escrito– implica y requiere una capacidad permanente de desplazamiento del sentido. Escribir el t(r)opos es quizás la forma que encuentra el escrito para hallar un lugar justo para el lector que llega. No exactamente un lugar a la medida del lector, pues no es posible determinar una medida para el lector. Nunca se sabe por qué la alteridad del lector es irreductible a la asimilación, siempre se revela heterogénea al deseo, a la perspectiva, a la previsibilidad, al punto de vista de quien escribe. El lector puede que no encaje en el lugar que le ha destinado quien escribe. Las leyes de la hospitalidad –literaria por más justas que puedan ser– permanecen más acá de la exigencia de infinitud de la hospitalidad sin límite. Recibir al lector es recibir a otro, otro radicalmente desajustado, singularmente otro. Y sin embargo, la tarea de la hospitalidad literaria es preparar un lugar para el que llega, que va a llegar en todo momento.

Se vuelve al lector que está a punto de llegar. Inicialmente, no llegará a un lugar, a una instancia que determina cierta afectación, cierta manipulación, cierto arreglo, cierta intervención que se dirige por un inicio originario y un imperativo que se da por la escritura misma. La página escrita será el lugar del espaciamiento de lo que acontece como escritura. La hospitalidad literaria tiene lugar, es decir, acontece, puede acontecer entre sentidos y palabras. Por eso tener lugar en la página escrita es tener ocasión, es ser acontecimiento de palabras.

La página escrita como lugar entra en la narración del escrito como un personaje de pleno derecho. No es un mero soporte de la escritura, un mero escenario del acontecer de las palabras, sino que determina la propia acción del sentido. Sin embargo, la página escrita no implica necesariamente abrir un espacio de hospitalidad. La página escrita como lugar puede, quizás, abrir una posibilidad al lector: abrir una posibilidad a la imposibilidad que es la hospitalidad infinita. Porque la hospitalidad (esta hospitalidad infinita que desborda todas las leyes hospitalarias) no tiene lugar propiamente dicho. Si existe lugar ya no existe lugar para la hospitalidad. El lugar donde acontece la hospitalidad (que siempre está por-venir) es una falta de lugar propio, delimitado, localizado.

Así la hospitalidad literaria, está, ella también, en construcción, en los márgenes de la página. El escrito puede construir otros lugares, lugares otros que, en razón de ello, alojan otro, un lector acechante e imprevisible. Escribirse en la página es inventar un lugar, para generar otra posibilidad de relación. Invención de una responsabilidad que se divide, se difiere, se disemina a través de la inmensidad textual prometida por el lugar así inventado.

Quien escribe no construye un lugar para sí, para ser ocupado por sí, por la autoridad de su firma, sino que lo construye como ofrenda al porvenir de la escritura. Todo discurso sobre el lugar implica una incisión, la inscripción de una escritura que, marcando márgenes, está destinada a desbordarlos. El escrito incorpora un doble, un doblez que se dobla y desdobla entre una exterioridad y una interioridad: un lector que llega desde fuera para inscribir dentro otro lector. Su llegada es una historia de incertidumbre, de no saber a qué lado del margen pertenece. El escrito permite e instiga este juego que confunde los lugares y los ilumina con su forma de acontecer en el asombro³⁷.

2.3 El escrito: singularidad literaria

El escrito acontece: acontece dentro de lo que es propio del acontecimiento: lo inapropiable. Los dos puntos (:), reiterados entre la propiedad y lo que es inapropiable en el acontecimiento, establecen el pliegue doble sobre el que se da el paso de una afirmación a otra. Lo que en general acontece, se da tras una cierta apertura de posibilidad, es decir, una sobre posición de puntos (:) que abren, entre sí, un espacio de posibilidad, un espaciamiento, el espaciamiento del acontecimiento.

La fuerza metonímica de un escrito es la que puede permitir una generalidad del discurso, es decir, que puede abrir un ámbito en panorama desde un punto

³⁷ El término 'asombro' asume también cierta importancia en Jean-Luc Nancy. En un apartado titulado justamente Del asombro, y tras afirmar que "desde su fundación, el asombro es la virtud propia de la filosofía", Nancy piensa que la única forma de volver a una significación del mundo es "acoger el asombro ante lo que se presenta. Esta acogida produce el pensamiento" (p. 74). El pensamiento filosófico no será pues un modo de instalarse en la seguridad de un lugar propio, sino que siempre está tirando hacia un límite, hacia lo que no tiene propiamente lugar: "el asombro no es nada más que lo que llega al límite" (p. 75). NANCY, Jean-Luc. El olvido de la filosofía. Madrid: Arena, 2003.

En otro texto más tardío Nancy, relacionando sorpresa y acontecimiento, vuelve al tema del asombro: "Así –afirma– la sorpresa del acontecimiento no sería solamente una situación-límite para un saber del ser, sería también su forma y su fin esenciales. Desde el comienzo de la filosofía hasta su fin, que retoma su comienzo con renovados esfuerzos, esta sorpresa haría toda la apuesta – una apuesta literalmente interminable". Y concluye en el párrafo siguiente: "Aún falta, precisamente, permanecer en el elemento del asombro...". NANCY, Jean-Luc. Ser singular plural. Madrid: Arena, 2006, p. 180.

en expansión. Lo único, sin olvidar su singularidad, se pluraliza, se extiende en el lugar, punzando, hiriendo, generando resaltos y relevos en el escrito.

El escrito dimensiona la singularidad de una mano en la pluralidad de las palabras. La mano que escribe despunta y punza. Interroga, es decir, abre un punto suspensivo en la lectura. La mano que escribe perturba la totalidad de la página, la agita. El escrito está interrumpido, cortado por una mano punzante. La mano del escrito se mete con todos, mete la mano, se (entro)mete con nosotros. Es una mano excesiva que no cabe en sus propios márgenes, que no abre mano de su privilegio. Con aparente inocencia, perturba, acosa, contrabandeando de esa forma el ámbito general del sentido. A través del escrito se inscribe resonancias de las palabras que se tensan en la mano que escribe. Y por ello, el escrito se entrega a la heteronimia, como la singularidad plural de las palabras en obra. Eso es lo que busca este escrito. Lo que no se deja aprisionar, que se disemina, se expande por la página, dándose, de esa forma, a la evidencia de lo literario.

En principio lo que llega, lo que se inclina y tuerce para llegar, no es un 'otro', sino un origen. Nosotros –siempre nosotros, porque el ser es ser-con– estamos ahí en la creación incesante del mundo, en cada origen. Estamos ahí, al borde, sumamente cerca, en los umbrales, tocamos el origen³⁸.

Al escribir, quien lo hace, se expone en la singularidad plural de cada escritura desde su origen. La pluralidad en el origen de la escritura exige un paso del margen ya siempre dado. El origen plural, exige asimismo la interrupción del continuo, la fracción, como lo señala Ángel Gabilondo³⁹. De ahí que las palabras se alojan en cada *genos*, en todo ser-con de lo literario.

Escribir desde ese origen plural es escribir la insondable finitud del límite, es operar en los márgenes del desierto blanco de la página una infinitud desbordada ya en su singularidad iluminada. El poder genésico del escrito no es otro que el desbordamiento de toda palabra. Ahora bien, no hay escritura si no es compartida e interrumpida por un trazo que *excribe* (en términos de Nancy⁴⁰) la pluralidad en toda singularidad de escritura. Escribir es decir sí a la hospitalidad del lector, o asimismo, tocar el origen plural e insaturable que crea cada vez el mundo. Decir sí a lo que no depende de uno, ni lo espera, a lo que insemia más allá incluso del esfuerzo, de la mismidad, es decir sí, desde luego, a la pluralidad ingobernable del sentido.

³⁸ Derrida citado por RODRIGUEZ MARCIEL, Cristina. *Nancytropias. Topografías de una filosofía por venir* en Jean-Luc Nancy. Madrid: Dykinson, 2011, p. 124.

³⁹ GABILONDO, Ángel. *Huéspedes del por-venir*. Madrid: Cruce, 1997, p. 45.

⁴⁰ La noción de *excripción*, se dimensiona como una nueva escritura. La *excritura* viene a romper con la Metafísica y la representación del cuerpo como signo o signo corporal presentado de manera Metafísica. Para mayor comprensión de *excritura* remitirse al ensayo 'Lo excrito' en: NANCY, Jean-Luc. *Un pensamiento finito*. Barcelona: Anthropos, 2002.

El escrito atestigua el nacimiento de un mundo. Y el modo de testimonio del escrito es el tocar: el escrito toca el mundo, la infinitud de mundos en creación continúa a través de las palabras.

Lo que cuenta en arte, lo que hace arte del arte (...) no es lo 'bello' ni lo 'sublime', no es la 'finalidad sin fin' ni el 'juicio del gusto', no es la 'manifestación sensible', ni la 'práctica de la verdad', es todo ello, sin duda, pero de otro modo: "es el acceso al distante origen, en su distancia misma, es el tacto plural del origen singular"⁴¹.

2.4. Escritura en secreto

La pregunta de quién escribe es una pregunta incómoda que pone en sobresalto, no solamente al lector, sino a todo modo de decir y articular una lógica del escrito. Ya se reflexionará sobre esa perturbación introducida por la pregunta de quien escribe. Queda por cuestionar la perturbación misma, el acontecimiento de la perturbación. Como si un secreto guardado en el silencio de la pregunta viniera a romper una túnica inconsútil, a abrir una fisura sobre la página escrita.

La relación escritor-lector es compartida por el crearse del escrito. El trazo escritural que abre a través del soporte un espacio de recepción, se dimensiona por lo que él mismo ha abierto y traído (y traicionado) a la (re)presentación. Lo que llega ahí al escrito, no se revela a quien escribe, quien escribe no tiene control o dominio sobre lo que llega y se difiere, se desplaza a otro tiempo (se explica en otro tiempo). Como si un secreto se alojara ahí sin el consentimiento de quien escribe. Como si el *autos* de quien escribe se dislocara respecto de sí propio hacia regiones inefables, inauditas, que no se revelan permeables al escrito. Lo que se resiste, lo intraducible, ponen a quien escribe en una posición de inestabilidad, de falta de dominio sobre el proceso de escritura. Pero hay algo permeable, que pasa en la porosidad y los relieves del escrito, que se muestra siempre: eso que quien escribe no puede o no quiere revelar. La escritura es uno de los lugares del secreto. No en el sentido, en que quien escribe poseería la llave que permite acceder al secreto, consciente o inconscientemente. El secreto es otra cosa más allá del alcance de lector, más allá de cualquier determinación o formalización del autor. Tal afirmación permite un paso más, otro paso, hacia una cierta estrategia del secreto.

El secreto que se traza en esta reflexión, que siempre se traza por el propio pensamiento, es un secreto que no se puede tematizar y ni siquiera puede compartirse: un secreto absolutum, es decir –como explica Derrida–, que se

⁴¹ NANCY, Jean-Luc. El sentido del mundo. Buenos Aires: La Marca, 2003, p. 68.

presenta cortado del lazo, desprendido, fragmentado, sin arreglo posible⁴². Por eso en toda escritura hay un secreto. Un secreto sin contenido, que no se confunde con un secreto técnico o artístico (el secreto del artista), o con un secreto oculto en las profundidades del alma. Un secreto que no pertenece a una interioridad privada. Un secreto que no es fenoménico ni nouménico. Un secreto que no pertenece ni a lo que inicia o “revela una religión revelada”⁴³. Sin ser esto ni lo otro, pero compartiendo una particularidad con todas estas cosas que llevan el mismo nombre, el secreto está ahí. Hay secreto:

Heterogéneo a lo oculto, lo oscuro, lo nocturno, a lo invisible, a lo disimulable, hasta a lo no-manifiesto en general, no se puede develar. Permanece inviolable, aun cuando se cree haberlo revelado. No es que se oculte para siempre en una cripta indecifrable o tras un velo absoluto. Simplemente excede el juego de velar / desvelar, disimulación / revelación, noche / día, olvido / anamnesis, tierra / cielo, etc.⁴⁴.

Por más que se hable de él, ninguna palabra o argumento puede develarlo. El secreto sucede a cada momento y sin embargo "no da lugar a ningún proceso, ni siquiera a un efecto de secreto"⁴⁵. El secreto permanece ahí, en silencio, extraño a las palabras mismas. Se sepa o no, se quiera o no, el secreto permanece ahí con un estar incierto. Sigue ahí. Tiene un lugar. ¿Pero qué lugar?

Pero si, sin amar la literatura en general y por sí misma, amo algo en ella que no se reduce sobre todo a alguna cualidad estética, a alguna fuente de goce formal, eso estaría en el lugar del secreto. En lugar de un secreto absoluto. Allí estaría la pasión. No hay pasión sin secreto, este secreto, pero no hay secreto sin esta pasión⁴⁶.

No se ubicaría ahí el secreto, sino que eso que late ahí, estaría en lugar del mismo secreto. Aquí en este lugar sin lugar, se posiciona algo en el lugar del secreto. Sin saber poder decir exactamente por qué, sin poder definirlo, sin saber exactamente de lo que se está hablando (cuando habla de este secreto, nadie en verdad sabe de lo que está hablando), el secreto habita ahí, en un ahí que toca todos los extremos y sin embargo no se identifica con ningún extremo en concreto. Está ahí y apasiona. El secreto, este secreto de la escritura, la fuerza apasionante de este secreto que late y testimonia es una soledad. “La soledad el otro nombre del secreto”⁴⁷, afirma Derrida.

⁴² DERRIDA, Jacques y ROUDINESCO, Élisabeth. Y mañana qué... Buenos Aires: FCE, 2003, p. 86.

⁴³ GABILONDO, Ángel. Menos que palabras. Madrid: Alianza, 1999, p. 102.

⁴⁴ Derrida citado por: GABILONDO, Ángel. Op. cit., p. 92.

⁴⁵ SLOTERDIJK, Peter. Extrañamiento del mundo. Valencia: Pre-Textos, 2001, p. 54.

⁴⁶ Derrida citado por: RODRIGUEZ MARCIEL, Cristina. Op. cit., p. 146.

⁴⁷ Ibíd.

El secreto late y no se ve entre las palabras. Mejor: tal vez esté aquí, velando esta escritura. Todo aquí es susceptible de secreto. El secreto del escrito sobrepasa las categorías esencialmente perceptivas y rompe la diferenciación (visible-invisible). ¿Qué hay ahí en el escrito? Hay lo que se dijo, y todo lo demás que no ha llegado a la escritura, que se ha perdido o desviado. Hay todo lo que el lector pudiera anotar. Y otro y otro. Y todas las huellas borradas a lo largo del proceso del escrito, de este trabajo: las que pueden aparecer en cualquier momento y las que se han borrado para siempre jamás. ¿Qué hay en el escrito? Sólo hay palabras solares. Y sin embargo hay un secreto: La vida entre páginas. Pero:

¿Quién me hace escribir, gemir, cantar, osar? ¿Quién me da el cuerpo que jamás tiene miedo de tener miedo? ¿Quién me escribe? ¿Quién hace de mi vida el campo carnal de una leva de textos? Hace mucho tiempo que los nombres nada más que propios en el ansia de poseer ya no son propios para nombrar al ser que iguala a la Vida. Todos los nombres de la Vida le van, todos los nombres juntos no bastan para designarlo. Cuando haya terminado de escribir, cuando hayamos retornado al aire del canto que somos, el cuerpo de textos que hayamos hecho será uno de sus nombres entre tantos otros. (...) Ni padre ni madre, ni hermano ni hombre ni hermana, sino el ser que en el instante el amor nos propone devenir porque él nos place o nos importa en esa escena, en esos brazos, en ese espacio marcado por signos – políticos, culturales, y recorrido por signos amorosos. Con frecuencia eres mi madre muchacho y yo a menudo tu hija hijo, tu madre mineral, y tú mi padre salvaje, mi hermano animal. Hay posibilidades que no surgieron nunca. Otras totalmente imprevistas que nos ocurrieron una sola vez. Flores, animales, artefactos, abuelas, árboles, ríos, nos atraviesan, nos cambian, nos sorprenden (...) Escribir: primero soy tocada, acariciada, lastimada, después busco descubrir el secreto de ese tocamiento para extenderlo, celebrarlo y transformarlo en una caricia distinta⁴⁸.

2.5 La escritura (se) habita en secreto

Hölderlin afirma que "poéticamente habita el hombre"⁴⁹. En esa medida, ¿se podría pensar que secretamente (se) habita la escritura? La escritura no es solamente lo visible: las palabras, las páginas, el escrito, abarcan dominios invisibles, la invisibilidad del sentido. Por eso, escribir es hacer visible lo invisible, el secreto, el pensamiento, la ficción.

El secreto está en la escritura, hace cuerpo con ella. La escritura piensa: todo lo que incorpora en relación a la literatura, la filosofía, la memoria, etc., es ya secreto.

⁴⁸ CIXOUS, H. Op. cit., pp 68-71.

⁴⁹ HEIDEGGER, Martin. Caminos de bosque. Madrid: Alianza, 1998, p. 54.

La escritura se dimensiona a través de técnicas, recorridos, contextos, procedimientos, finalidades, etc., mientras que el secreto, separándolo de la escritura (y de su pretensión de sentido), es asistemático, fragmentario, desarticulado. Si la escritura busca articular, generar espacios de transición y continuidad, el secreto en solitario parcela, corta, fragmenta, sin ninguna preocupación de apertura y articulación. El secreto parece no proporcionar un espacio que se pueda habitar, pues dado su carácter cerrado, elíptico, no puede ser atravesado. ¿Pero qué pasa, como en el caso que se enuncia, cuando el secreto habita la escritura? La escritura empieza a ser un lugar habitado: con una presencia viva, casi profética, que no puede cobijar a nadie más allá de sí misma, ya que se construye y moldea como una soledad habitada.

Lo que se apunta, en un sentido general, es que siendo, ciertamente, motivo de numerosas aproximaciones y rodeos a partir de este tipo de propuesta, nadie puede desligarse a través de él. El secreto se da al lugar en la escritura. Parece ser así, pero la cuestión no se presenta tan sencilla. Lo resultante de este cuestionamiento (en general una pregunta atrae otra pregunta) es el canon del escrito. Este canon siempre está por debajo como condición de organización, de procedimiento. Lo que se presenta por debajo, lo que soporta, las palabras que corrigen el temblor del sentido, son lo determinante. Lo que se ofrece es la necesidad de pensar otra cosa diferente cuando se habla de la escritura: además de pensar lo que yace por debajo del escrito, ¿por qué no pensar también lo que 'lanza hacia delante', en otras palabras, el pro del escrito, de la promesa? Y no solamente interesa lo que está lanzado hacia delante sino también lo que implosiona en el propio acontecimiento de la escritura. Todo lo anterior no comporta una pasividad de quien escribe (menos todavía a su falta de responsabilidad) sino que dimensiona su capacidad de creación, le invita a hacerse cargo de la escritura -la invención-, hacerse cargo de lugares que permitan la llegada del lector, de los lectores que siempre están llegando. Así se delinea una escritura que desde sus secretos es hospitalidad (en el sentido que se viene desarrollando).

La llegada del acontecimiento de la escritura intenta prever, encausar. Y ese acontecimiento, su porvenir, adviene como un lector inesperado, para dejar que la escritura, la página, sea un lugar que asume las posiciones⁵⁰.

La cuestión que se plantea en este apartado se encauza por la misma escritura, por sus sentidos. El secreto en la escritura no se ve. El secreto se presenta como ahí, pues cuando se dice 'ahí, en lo escrito, hay secreto', se quiere representar que todo 'ahí', en su medida, es secreto, quizás guarda un secreto y, por ello, resulta una apertura, que se parte en su mismidad. Es otra forma de exponer que ahí (*da*) se fracciona con el ser (*sein*). El secreto comparte el destino errante de la escritura, por eso su relación que remite a ese otro que es el lector.

⁵⁰ NANCY citado por: RODRIGUEZ MARCIEL, Cristina. Op. cit., p. 76.

Lo que apasiona del secreto, que se anuncia en esta escritura, radica en posibilitar toda promesa. La escritura del secreto mantiene en suspensión esa promesa, la mantiene como lo que es, como algo que no será jamás realizado en una consumación definitiva. La pregunta que se arriesga no tiene sentido porque el secreto no tiene sentido -grata paradoja-: no termina nada, no está regido por un logos. Incluso no se sabe si ahí, aquí, habita un secreto.

Hay otra cosa aun en la pregunta arriesgada, la cosa de la escritura: (¿La escritura (se) habita en secreto?). El escenario de la escritura proyecta unos actores residentes -las palabras- que nunca dejan la escena: entran y salen, cruzan el palco y se mezclan entre sí, representan sus propios sentidos, entretejen sus ficciones e inventan sus lugares, articulan en su habitar "la unidad de vías y relaciones en las que nacimiento y muerte, desgracia y dicha, victoria y derrota, permanencia y destrucción, conquistan para el creador la figura de su destino"⁵¹.

Las huellas que se generan con cada lectura, y que aún pueden leerse, refieren un único idioma que es la revelación de presencia de la escritura.

Lo que se propone es re-aprender a habitar para repetir un origen que permita instalarse de nuevo sobre los fundamentos de las palabras, retornar al acuerdo de la morada para invertir los valores tradicionales en vista de una escritura sin estética, inhabitable, inutilizable, insignificante.

En suma, lo que se pretende es llevar la escritura hacia sus márgenes, hacia sus límites, para que pueda confrontarse en ese momento con la experiencia de lo indecible de un margen. Experiencia en el margen de la página (toda experiencia de escritura lo es) para poder sentir la vacilación de sus propios fundamentos, para poder sentir cómo se borran los libros y se funden las lámparas. ¿Qué debe escribir la escritura en sus secretos? Anuncia Jacques Derrida: "... una escenografía del paso (traducción, transferencia, transcripción, trasgresión de un lugar a otro, de un lugar de escritura a otro...)"⁵².

Más allá de los escritores, de los lectores, de los críticos, de una escritura canónica que permanece, una *transescritura*⁵³ crea el acontecimiento donde se da el lector.

Permitir el secreto (si es que existiera tal cosa) es permitir "la promesa de dar lugar"⁵⁴, de generar un lugar abierto, donado⁵⁵, para el lector imprevisible. Al

⁵¹ HEIDEGGER, Martin. El origen de la obra de arte, en: Caminos de bosque. Madrid: Alianza, 1998, p. 30.

⁵² DERRIDA citado por: SANTOS, Julián. Círculos viciosos. En torno al pensamiento de Jacques Derrida sobre las artes. Madrid: Biblioteca Nueva, 1999, p. 56.

⁵³ Entiéndase este concepto como una escritura esencialmente trashumante, en continuo devenir.

⁵⁴ DERRIDA citado por: SANTOS, Julián. Op. cit., p. 79.

retomar el hilo argumental de este apartado, en sus inicios, ¿qué queda entonces? ¿Qué puede quedar de una escritura en su trasegar? Alguna cosa queda. “Queda la soledad de una pasión nada tortuosa, avasallante”⁵⁶. Y la escritura avasalla, en el margen de la página más extremo, invisible como el fin del mundo⁵⁷, en el extremo de la línea. En la escrita de la escritura, hay una escritura escrita en la última línea. Una promesa de escritura, en otras palabras, una escritura que siempre vendrá, ardiendo constantemente.

2.6 La escritura arde constantemente

La escritura es concentración del ser que se estrecha contra quien escribe, que se transforma en la extensión de su cuerpo. La página se contrae. De refugio se convierte en fortaleza. Una escritura que concentra el ser y el universo alrededor de quien escribe, que le estrecha y defiende de la realidad. Una escritura concentrada, afincada en su esencialidad, determinada por un centro cósmico, se articula en su intemporalidad.

Ahora, ¿qué implica este Trabajo de Grado? El argumento es determinante: Un animal cambiante, moldeable, que nunca cabe en sí mismo: tal vez porque sus deseos no son entendidos, tal vez porque se re-presenta desbordado en exceso. Como si ese animal que es el Trabajo de Grado estuviera compuesto de otros animales y esos animales fueran imprescindibles para que pudiera vivir. Y como si no fuera posible decidir sobre lo que es más determinante para el Trabajo de Grado: Entre palabra y palabra. Sobrevivir a una y a otra (o entre la una y la otra).

Los caminos no son claros y elegir un camino escapa al control de quien escribe. No existe una intervención salvadora. A la hora de lidiar con el animal, quien escribe vacila. La lucha entre la búsqueda del sentido de la escritura y su fuga permanente, puede abrir un espaciamiento⁵⁸ de la escritura. La vida que es propia del Trabajo de Grado no tiene propiedad, una vez que su legalidad depende de sus lectores. Creando (el Trabajo de Grado, como la escritura, piensa, incorpora memoria, aprendizaje, invención), esta escritura juega dentro de un escenario suspendido, donde el final del escrito puede sorprender. Este Trabajo es cuerpo de hospitalidad donde habita la promesa. El pensamiento del

⁵⁵ No solamente el fenómeno es don, también lo es la interpretación. Ya de suyo el escrito a interpretar (y puede ser objeto de naturaleza variopinta) es un don que se ofrece a la comprensión, a la interpretación. Pero también la interpretación que surge es una especie de don del escrito mismo, está implicado en el escrito, va en él. Y pone límites, para que no se interprete cualquier cosa, sino lo que está allí. Como quien valora un regalo que se le hace, y lo respeta en su integridad y en sus funciones. Como quien recibe un don, y lo agradece.

⁵⁶ BARICCO, Alessandro. Seda. Bogotá: Anagrama, 2011, p. 42.

⁵⁷ Ibíd. “¿Cómo es el fin del mundo? Invisible”. p. 36.

⁵⁸ El espaciamiento, desde J-L. Nancy, se puede proponer como un dar lugar al sentido que libera la singularidad de toda escritura. Ahí a la vez que se inventa el cuerpo de las palabras también se lo borra.

Trabajo no ve solamente hacia atrás, en el tramo de las páginas, sino que también mira hacia adelante.

Se regresa al título del apartado. Se regresa a la escritura que arde. No para apagarla, sino para seguir preguntando: ¿por qué arde la escritura?

Lo cierto es que la escritura arde, sin saber cómo: Puede que el destino de la escritura sea una promesa para las cenizas, para el polvo gris que resta del incendio. Es posible que esta escritura necesite de otras palabras, otros autores, otra dirección, otros lectores.

Y la escritura arde. Arde constantemente. Quizás sea necesario el fuego de las palabras. Y que alguien sepa atizarlo. La escritura arde de verdad. Arde según el ritual de quien escribe. Las páginas quedan en cenizas

2.7 La escritura se convierte en ceniza

La escritura se convierte en ceniza. Llega el tiempo de la escritura-ceniza, de su lectura, del silencio de la ceniza. La escritura-ceniza es silenciosa. La retirada del fuego deja su oportunidad al don, por eso el fuego hace su retirada de la escena, es el fin de lo representado. La escritura cuando arde deja la ceniza que es lo que resta de su consumación. Abren un espaciamiento para lo que se dona sin una memoria de sí. El don de la ceniza busca generar otro don: el de un acontecimiento sin horizonte, que ningún horizonte puede anunciar. Tal es el don que promete la escritura-ceniza en su trasegar sin-lugar.

Porque la escritura arde y atraviesa los espacios y deja su rastro, inscribe su rastro en una escritura de paso, en el instante del fuego. La escritura arde. Toda escritura tiene como posibilidad la de arder siempre, eso quiere decir que en toda escritura hay ya ceniza. Esa ceniza son las propias palabras -estas palabras-, su color negro, su sentido, su invención. Así entendida se trata de una ceniza en el origen de toda escritura, de toda purificación incendiaria de lo que se va escribiendo.

2.8 La aventura del escrito

El escrito se ha aventurado, y durante los devenires de su aventura, ha perdido y sumado improntas. Ese es un destino común a todo escrito. Un escrito que se viniera a petrificar en la forma de un presente, que viniera a terminar su aventura, que se entregue a una significación concluida, ese escrito ya no sería un escrito, sino otra cosa. La promesa que alimenta y dimensiona todo escrito,

no permite la unión, el acuerdo a una ley de la significación. Lo que permite la ley es la falta de acuerdo en relación a los caminos, al destino.

Lo propio del escrito es lo que se interrumpe. El escribir depende de una interrupción. Si el escrito tiene una promesa, entonces su ruta se marca por quien escribe, y puede aun que se halle en camino de colisión con él.

La promesa del escrito (y de toda escritura) es prometida al lector, no puede reservarse en sí misma y para sí misma. Su camino y su dirección son el camino y la dirección del lector. En su adelantarse, la promesa es portadora de una carga que está más allá de la capacidad de quien escribe. Carga direccionada al lector. Promesa escritura cuya energía se dispersará durante el recorrido y en la llegada. Dispersada sin control de quien escribe.

Pero en este punto, ¿cuál es la promesa de este Trabajo de Grado? Ésta no obedece a un recorrido previsible. El pasar al lector, en el escrito, determina un transporte de experiencias, de lecturas, de imprevistos, que impiden a quien escribe mantener en sus manos todas las riendas del proceso. Los sentidos, que se despliegan en el Trabajo de Grado, no obedecen a un orden totalizador de sentido.

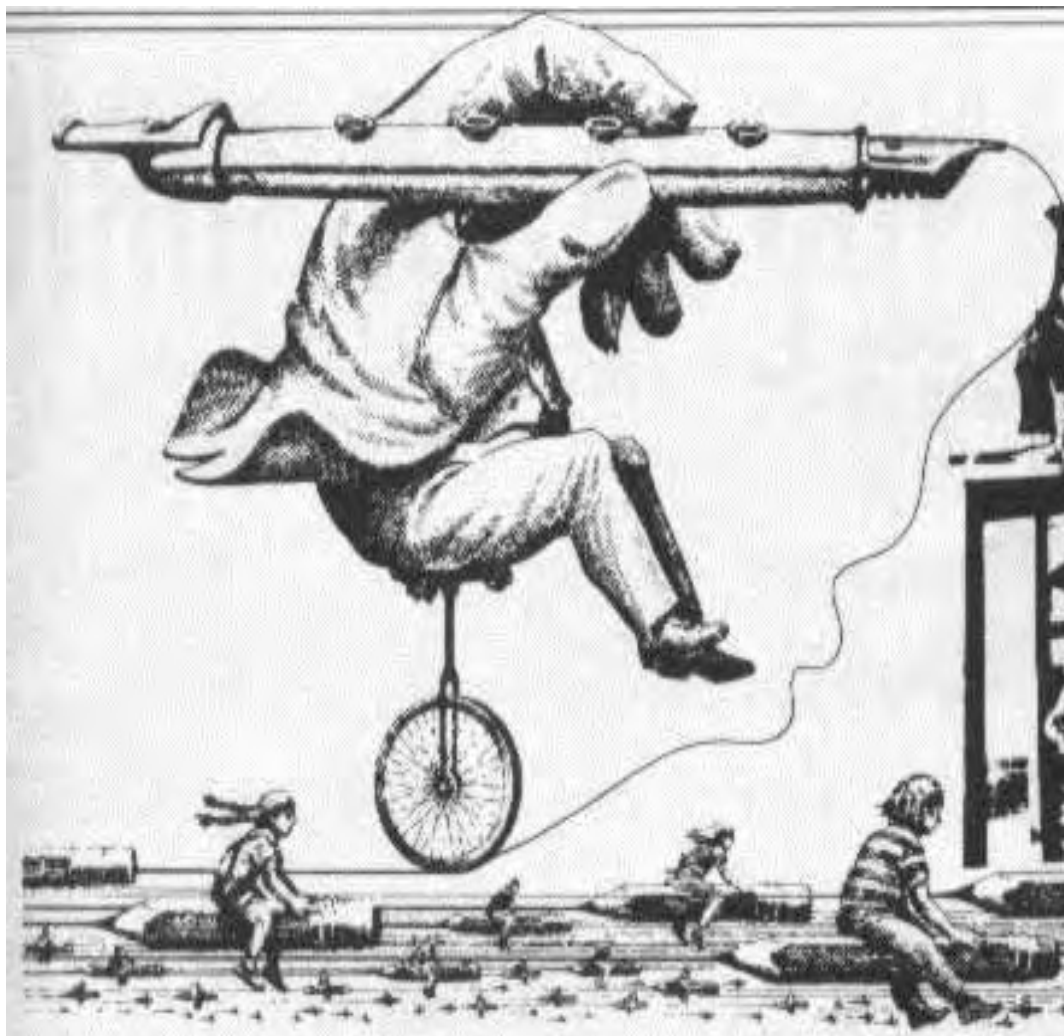
Este escrito incorpora una especie pulsión de regreso: regreso en quien escribe y regreso al lector. De ahí su necesidad de cruzamiento, de entregarse al otro y de darse a la interpretación del otro.

La aventura de escribir un Trabajo de Grado es una especie de vocación aventurera de las palabras y de los conceptos, de las lecturas, donde necesariamente el escrito perderá el pie o dejará la piel, pero donde necesariamente el lector la tomará. El tráfico de sentidos en lo escrito, no depende de la voluntad, la escuela o el estilo de quien escribe. El mandato de éste es darse al tráfico, donarse en la cadena, firmar con sus palabras su responsabilidad en lo que se escribe.

Al leerse esta escritura se entrega su cuerpo para que, desde él, se abra una oportunidad de paso para que el lector sea quien escriba en la página interrumpida. Eso equivale a decir que el escrito recibe, espacia el trazo de las palabras, que da cuerpo a esa promesa de sentido. Ese trazo abre un escrito heredado al lector. Y con ello se hereda un fuego. Las cenizas de donde surgen estas palabras.

IMAGEN 5

Pluma que vuela



Fuente: <https://fundarteyciencia.wordpress.com/2010/11/>

2.9 Lo escrito: del lugar de las palabras como acontecimiento

Toda escritura se encuentra en un entre, en un borde, en el lugar de los cuerpos. Éstos tienen un carácter fronterizo. Por la escritura, el cuerpo se entrega a la lectura del otro, se dona en la relación con el otro. Un acontecimiento donde las palabras aparecen y se hacen presentes en un cuerpo sólo y en la medida en que se ofrece dando un corpus⁵⁹; mediante él se entrega al lector, y no hay escritura sin entrega.

La necesaria salida del escrito fuera de sí se da hacia el lector. Más de un camino en el envío como quien visita unas ruinas. Las ruinas de un templo abandonado donde alguna vez habito un dios, o una serie interminable de dioses. En ese templo en ruinas fulgura aún una fe. Con la distancia propia de los que han dejado de creer se retorna a él, para expresar una nostalgia inútil. Así la escritura aterra, hiere, duele, y coloca en el mismo lugar al que escribe y al que lee.

Quien escribe, como el que lee, se evade, se olvida, para poder quedarse solo con el escrito que lee o escribe. Pero además, el que lee —como quien escribe— es como el que bebe o come a escondidas, ya que lo que inicialmente el lector/autor debe hacer es robar la llave de la biblioteca y a partir de ahí estar en un terreno prohibido.

Como en los sueños, hay que dejarse llevar. Porque: “Escribir no es llegar, la mayoría de las veces no tiene que ver con llegar. Uno debe andar a pie, con el cuerpo. Hay que irse y dejarse atrás a sí mismo. ¿Qué tan lejos hay que andar sin llegar para escribir? ¿Qué tan lejos hay que vagabundear y gastar y

⁵⁹ El corpus, proyectado desde la filosofía de Jean-Luc Nancy, es un origen del mundo en plena entrega, en plena creación. Además el corpus se entiende como lo que está fuera de sí mismo, es la apertura del mundo que determina el acontecimiento.

disfrutar? Hay que caminar tan lejos como la noche. La propia noche. Caminar a través del yo mismo hacia la noche”⁶⁰.

Se trata de viajar por territorios extraños a los que se ingresa en busca de un secreto, lo que deja con “la sensación, el sentimiento del secreto”⁶¹. El escrito que se funda está más allá de la voluntad de quien escribe o de quien lee. Es un escrito que tiene su propio latido, que empieza y termina donde quiere y como quiere. El escrito acontece.

De lo anterior, importa no sólo lo que aparece sino el rastro que deja, que concede, que dona el mismo aparecer del escrito. Ese movimiento del sentido de lo inicial se deja ver, se deja oír: en la página. En el escrito, la voz de quien escribe que no es (aun) voz puede, con todo, ser percibida. Ahí se genera el inicio de todo encuentro. Pero ese inicio, no se presenta en el tiempo de la lectura.

IMAGEN 6.

Nuestras palabras hoy

⁶⁰ CIXOUS, H. La llegada a la escritura. Op. cit., p. 65.

⁶¹ Ibíd., p. 85.



Fuente: <http://www.mundopoesia.com/foros/showthread.php?t=411507>

El inicio es cuanto más el otro se asume como palabra. Por eso, el lector se asume como la permanencia del sentido. Éste da palabra a la infinitud del plural.

Se dimensiona en todo esto un movimiento singular. El inicio de todo encuentro es el inicio de las palabras. ¿Qué hay antes de las palabras? Las palabras son

la claridad⁶². En ellas se aloja el mundo como *iluminación súbita*. Las palabras no dicen el mundo, sino que, en su articulación, éste relampaguea. Es decir: en las palabras, el mundo es la luz del acontecimiento. Las palabras no habitan tranquilamente el mundo sino para removerlo y hacer que éste se engulla su propia finitud, su propia limitación. Las palabras no llegan al mundo para ajustarse a sus paradigmas, sino para que ellas recobren, desde su brillo, su medida y su altura propias. Las palabras en el escrito son la irrupción del sentido, de la desmesura.

Las palabras habitan en el mundo para hacerle saber que el mundo nunca será todo, que las palabras nunca son una mera representación y que nunca, de la misma manera, podrá finalizar, que *en ningún tiempo* terminarán de decir eso que desde siempre quieren iluminar.

Es por ese motivo que cuando se escribe, lo que hay es mundo. Escribir es la fulguración súbita del mundo en el corazón de quien escribe, que es también el lugar donde éste acaba y comienza la retirada de todas las palabras. Pero aquella fulguración es un rayo más que iluminador. Una interrupción y un desgarramiento de iluminaciones en los pliegues de lo escrito.

2.10 Los pliegues de lo escrito

En los pliegues se ilumina el sentido del escrito. Así las palabras, como ritmo de las cosas, delinean su propio lugar. Son la luz, la luminosidad del mundo. En el escrito relampaguea el fulgor de las palabras, que no son más que el fulgor del ser.

Piénsese que el escrito mantiene el mundo de quien escribe en la abertura, en los pliegues de la página, donde los “significados dejan de ser”⁶³, donde se deja de decir y se abre un boquete desde el que se ejerce la diferencia. El otro (lector) actúa. La diferencia es lo que escribe. El escrito inaugura su viaje con un leve equipaje: un instante para la re-escritura. Escribir sería imposible sin esta extensión, sin esta pendiente, sin esta anticipación de un otro en el que el tiempo presente de la escritura proyectará una resonancia, una trascendencia. Al estar escribiendo, se sueña con ese momento que viene. Escribir es estar plegado por el movimiento de las palabras. Escribir es esa espera del otro para que las palabras vengan.

⁶² Véase el primer capítulo de este Trabajo de Grado.

⁶³ Hay un cierto sesgo de luz,/ las Tardes de Invierno/ que oprimen, como el Peso de los Cantos de la Catedral/ Una Celestial Herida nos inflige/ no deja cicatriz,/ sino diferencia interna,/ *donde los Significados dejan de ser*/ Nadie puede enseñarlo/ Ninguno/ éste es el Sello de la Desesperación/ una aflicción Imperial/ que nos envía el Aire/ Cuando llega, el Paisaje escucha/ las Sombras contienen el aliento/ cuando parte, es como la Distancia/ en la mirada de la Muerte. DICKINSON, Emily. 71 poemas. Madrid: Anagrama, 2001. p. 79.

Una espera intemporal. La escritura nace al borde del tiempo de la espera. La escritura es lo inesperado. Y lo que se pliega es el sortilegio de la palabra en las secretas realidades que corren las venas de sombras prematuras donde el alma apenas toca su sombra en el alba del pensar, para volver de nuevo a lo que es, hacia el enigma y el misterio; y de nuevo el fluir, que a merced de su ritmo, es la antigua prestancia de la palabra áurea de los tiempos, con giros y ritmos impregnados de ardorosas significaciones.

En ese sentido, escribir, desde la página, es el sendero que siempre llama, donde las palabras vuelven a ser densas y sensibles, acogiendo lo que está completamente fuera de ellas, pero que ellas llevan tatuado como su afuera. Ahí uno siempre queda tocado por las escrituras en devenir, allá donde, la libertad desencadenante permite rememorar los rastros de las palabras, que se elevan en lo infinito de la letra.

Así es como el pensamiento avanza soportado por las palabras, movido por los pliegues de lo escrito, tocando interminablemente, un cuerpo que se escribe y se presta a la dispersión, donde las palabras saltan fuera del caos de la vida, y tejen entre pliegues, la sonoridad de diversas voces.

Una destinación a la escritura, aquí, que hace crujir el tiempo en el punto de la semejanza, una traza que desobra las amarras del espacio para desatarlas mientras se escribe. Y el corazón abierto palpita, y se mueven las manos en las raíces de los árboles que poseen las huellas de las lejanías, el canto profético del alba y la soledad, y la presencia del viento en el filo de la noche callada, es ya una extraña simetría.

Desde el espacio de estas páginas se anuncia la palabra que instruye acerca del enigma del lector y se inaugura el camino que indaga el camino de la pregunta a la medida de cada paso. Por esa razón las palabras son algo dado, una herencia que debe asumirse por alguien. No hay nada que asumir salvo que usted está allí, yo allá (siempre en otra parte), y que las palabras exceden la página y los lugares que anuncian.

Y así las palabras trazan un surco desde esta página, donde es el lector quien vierte en él las semillas del sentido, de sus múltiples resonancias, semejanzas divinas, eco de ecos infinitos. Por eso, ningún texto está concluido, porque pareciera que siempre se queda uno en sus márgenes, oscilando entre su ausencia y su presencia, como un péndulo que sólo se detiene en el presente de la escritura que es el presente de la lectura.

En suma, todos quienes escriben, son seres de esa especie extraña y extraordinaria, que como, lo afirma la escritora argentina Beatriz Cabal:

dice haber amanecido insecto en Praga y vomitando conejos en París; seres que aseguran haber escalado la montaña mágica, viajando al fin de la noche, pasando una temporada en el infierno; seres que juran y perjuran llevar en su

lengua el sabor de la guayaba, en sus narices el olor de las almendras amargas, en sus oídos el canto del obscuro pájaro de la noche, y en sus ojos la visión del espantoso redentor Lázarus Morell, incomparable canalla... qué se puede esperar de esos seres, que usan los libros –la escritura–, como escape, como refugio, como escudo contra la desesperanza y la muerte⁶⁴.

2.11 Y la escritura se hizo cuerpo

La página que se pliega se vuelve, a su vez, cuerpo, piel que se dona a la mano de quien escribe, y se hunde en lo mirado y la escritura como cuerpo cede. La escritura es el paso, entrada, salida, lugar, del otro que soy y no soy.

Escritura: apertura como vida de las palabras. Cuerpo sin fin, sin extremidades, sin partes principales, ilimitado universo que recorre un inmenso espacio de sentido⁶⁵. Escribir el cuerpo: proceso de construcción del *entre* quien escribe y quien lee. Dinamizar en la infinitud un viaje multiplicador de transformaciones. Sin olvidar el riesgo, el dolor, la pérdida.

Pero aún así hay que abismarse en lo desconocido, en el desierto de la página en busca de una redención iluminadora. Al escribir, quien escribe es sol y carne iluminada: La luz que no cesa. Que irradia una ascensión dolorosa, imparable. Las palabras brotan y desgarran. En ellas despierta el alma y la sangre en busca de un nuevo cuerpo⁶⁶.

La escritura se hace y se escribe en el cuerpo. Creación literaria corporal: *experiencia de alumbramiento*: dar a luz un ser más pleno que uno mismo. Unión con el otro: en la escritura, en el alumbrar. Escritura como experiencia de quien escribe donde voz y palabra se traman en el ritmo, en el tono de la destinación de cada frase. Un aliento se anuncia en el escrito⁶⁷. Un algo incommunicable como el alma, Dios o el otro.

⁶⁴ CABAL, Beatriz. Miedo. Buenos Aires: Alfaguara, 2009. p. 98.

⁶⁵ Este espacio de sentido se *excribe* con el cuerpo, y a la vez se abre como sentido de la escritura, que toca la existencia. Entonces, "el paso del pensamiento queda suspendido sobre esta excripción (...). La excripción no va a producir significaciones, va hacer la comprobación de un tacto del sentido que a la vez es su asunto más propio (es el sentido, el órgano sensible) y el lugar mismo de su expropiación (allí la excripción no exhibe significación). De una u otra manera se intenta presentar un sentido del mundo". NANCY, Jean-Luc. El sentido del mundo. Op. cit., pp. 27-28.

⁶⁶ Para entender esta relación léase: CIXOUS, Hélène. La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura, Barcelona: Anthropos, 1995.

⁶⁷ "Un texto (...) no puede no ser más que subversivo: si se escribe, es trastornando, volcánica, la antigua costra inmobiliaria. En incesante desplazamiento. Es necesario que (...) se escriba porque es la invención de una escritura nueva, insurrecta, que permitirá llevar a cabo rupturas y transformaciones indispensables en su historia, al principio en dos niveles inseparables: individualmente, al escribirse, (...) se regresará a ese cuerpo que, como mínimo, le confiscaron; ese cuerpo que convirtieron en el inquietante extraño del lugar, el enfermo o el

Más cuerpo representa más escritura. Por eso, las palabras se extienden, ocupan un lugar y en ello se exponen. Justamente abren la posibilidad de tocarlas, esa es su abertura: las palabras están expuestas.

En la exposición se da la ocupación, el apropiamiento del lugar; sin que haya un “lugar previo”, las palabras-cuerpo se hacen lugar y, al mismo tiempo, hacen el lugar. El lugar de las palabras tiene que ver con su disposición. En esa medida, la escritura es el despliegue y repliegue de las palabras-cuerpos.

En la ex(-)posición se dimensiona la tensión propia del ex, no como una propiedad de lo expuesto sino en el modo concreto como se está haciendo lugar cada vez, y este modo puede llamarse también tensión, tono; Jean-Luc Nancy habla de emoción y quiere también acentuar allí el mover que provoca tocar⁶⁸.

La dislocación de ese hacerse lugar en la escritura permite que quien escribe y que quien lee se acomoden, se puncen, se hieran, en el estar recreando el mundo, eso es tocar, concreta y distintamente, cada vez.

Las palabras tocan el sentido en la escritura, son un gesto, una voz, un timbre, un tono. Los cuerpos escriturales se despliegan tonalmente, consisten en ser gesto, versión, su modo propio de espaciarse⁶⁹, eso es el estilo de quien escribe, un encuentro con la alteridad, una intriga del origen que es siempre otro, inapropiable, aquí, de la intriga del cuerpo de las palabras.

En esa dimensión, la escritura se hace cuerpo, en donde las cosas recobran su sentido, en donde se genera un no-tiempo, una no-duración que proyecta la experiencia del acontecimiento. Es decir, este escrito no habla de otra cosa que de escritura. Ella escribe, se escribe en esa dislocación del espaciamiento entre las palabras y sus sentidos, como una dislocación que crea una forma. En otras palabras, escribir es el donarse del sentido: eso es la escritura de aquel espaciamiento de las palabras que permite el sentido de cuanto sucede, que hace lugar al acontecimiento.

Esto es, este escrito pone en obra un desvío, delinea la interpretación. Genera y suscita la implicación del otro, remite más allá de sí mismo porque guarda un quiebre del sí mismo. Un escrito mantiene ese fuera de sí, y lo mantiene como una travesía. En él se da el trasiego de todas las vidas, el paso de quien escribe, la llegada de quien lee. El escrito anuncia las despedidas y los

muerto, y que con tanta frecuencia, es el mal amigo, causa y lugar de inhibiciones. Censurar el cuerpo es censurar, de paso, el aliento, la palabra.” *Ibíd.*, p. 95.

⁶⁸ “Lo intocable es que eso toca. También se puede emplear otra palabra para decir esto: lo que toca, eso por lo que se es tocado, es el orden de la emoción” NANCY, Jean-Luc, « Del alma », en: *Corpus*, Op. cit., p. 110

⁶⁹ Se espacia la escritura que es cuerpo en el mundo, en el todo, pero siempre el todo en cada parte del tiempo. El mundo nunca es algo pero el diálogo infinito de todas sus partes entre ellas, traza en la escritura un tiempo singular plural, que es la materialización nómada de las palabras.

recibimientos. A su manera, el escrito hace sitio ficcionalizando otras escrituras, lanza palabras más allá de sí y no se agota en el umbral de las significaciones.

Las palabras caminan, más allá del tiempo de la lectura, de la página, en el aliento, en el teclear de las manos, habitan de paso la claridad desierta del blanco, hacia la libre verdad de lo escrito. Así un camino se despliega, una y otra vez, *time after time*, tiempo posterior al tiempo, la pregunta y el asombro, siempre hospitalario, donde se hacen estallar las tensiones, en la región de los cuerpos, que es la región de lo escrito.

En suma, la escritura toca la realidad de los cuerpos: la toca en la contradicción (tocar sin tocar), la toca en lo que se ex-cribe, en el casi nada de las palabras, más allá de la ligera torsión, tantas veces materializada en lo escrito, como una gracia que no depende enteramente del dominio de una técnica literaria. Depende de cómo se dimensiona el acontecer de la escritura en la página. Así la escritura llega y se hace cuerpo y

La palabra en los instantes de su hipóstasis, el cuerpo entero detrás de una palabra, una sílaba, un fruncimiento de los labios o una irregularidad inopinada de las cejas. El residuo de lo estelar que había en cada palabra se convertía en un momentáneo espejo. Una arenilla que dejaba letras, indicaciones. Una palabra solitaria que se hacía oracional. El verbo era una mano excesiva en su transpiración, un adjetivo era un perfil o una mirada de frente, los ojos sobre los ojos, con la tensión de la oreja alzada del gamo. Cada palabra era para mí la presencia innumerable de la fijeza de la mano nocturna⁷⁰.

⁷⁰ LEZAMA LIMA, José. "Confluencias". La cantidad hechizada, La Habana: Unión, 1970, pp. 439-440.

IMAGEN 7.



Fuente: http://opinionosalteridad.blogspot.com/2011_03_01_archive.html

2.12 Poéticas de lo escriturable

*

**

LA ESCRITURA APARECE COMO UN CIELO SOBRE LA PÁGINA

Pájaros de fuego se crean al final del día

atraviesan su ardor

En su regreso, señalan el horizonte antiguo

en el vuelo, tonadas que recuerdan

la imposibilidad del reposo

La escritura llega hasta mí. La última

palabra se interrumpe en los labios

Su repetición anuncia iluminadas presencias

Con ellas se conviene el baile

La canción de la escritura se detiene, mientras

remotos vientos impulsan las palabras hacia el blanco

hacia el alumbramiento

*

**

REGRESAN EL OLOR Y LAS PALABRAS

Un mar de tinta diluviano

Las estrellas humedecen las páginas

descubiertas

El mundo declina en la tinta

Bajo las palabras retornan las formas

La escritura se ladea ante la luz que acontece

*

**

LA ESCRITURA ES EN SÍ MISMA UNA DONACIÓN

Las páginas absorben el mar

La escritura hiere el tiempo

y luego el fulgor se prodiga y el cuerpo regresa

iluminando al escrito

*

**

LA PÁGINA SE DESVANECE EN LA ESCRITURA

Disueltas en el lugar del fuego

las aves silentes

iluminan y se pierden

Su vuelo es una hendidura en el cuerpo

en el mundo

Ya sólo se sabrá de ellas

por los gritos que acorazan nuestras palabra

*

**

RECONOZCO EL ESCRITO

Las palabras oscuras rotan alrededor

mientras el escrito se subleva en su decir

El color de las palabras pregunta por

nosotros

Iluminación en la mirada de quien lee

La escritura acontece

Las palabras se suman entre restos

cantables

*

**

LA ESCRITURA SE PRESENTA ATRAVESADA

por caminos

por cuerpos

por cantos estridentes

La escritura es el mundo

que se devora en sus secretos

*

**

CADA PÁGINA NOMBRA LA ESPERA

Cada página nombra y vuelve, sobre el peso del

cuerpo, la presencia de las manos,

la caricia de un rostro

Cada página dispone sus márgenes

para el común encuentro

que en luz se manifiesta

*

**

LA ESCRITURA HABITA LA LUZ

En cada palabra se celebra el prodigio

De la página donde nace el mundo

*

**

LA ESCRITURA

Es el silencio

Que todo

Lo nombra

*

**

TODO EN ESTAS PÁGINAS

Recuerda los restos del fuego

El relámpago herido

Sobre el blanco

*

**

LA ESCRITURA ES EL ALMA, LAS MANOS

Que atraviesan el lugar que se abrió al cielo

¿Dónde se hunden las palabras?

En el abismo que deja un recuerdo

atrapado en la escritura

*

**

UNA VEZ

Salí por estas páginas

Ya una vez salí

de mis manos agrietadas

*

**

AUNQUE NO HAY CUERPO QUE RESISTA

el paso del tiempo

el tiempo se resiste al cuerpo

Se esconde tras la piel

repleto de sí mismo

para apartarse de ella

El cuerpo resbala

por las páginas

mientras las palabras

se dejan caer

en la espera

*

**

MI PALABRA

Es más blanca

Que las páginas

*

**

SOY EL AGUA LEJANA

Que llueve sobre el escrito

3. EXPERIENCIA DE ESCRITURA: LA HOSPITALIDAD EDUCATIVA

“La experiencia es el lugar donde tocamos los límites de nuestro lenguaje.”
Giorgio Agamben

“He hablado de escuelas, no de metas o de diplomas, sino de lugares de aprendizaje y maduración. Porque incluso cuando la persona que escribe tiene una inclinación a la fantasía, una relación con la leyenda, un estado de creación, eso no es suficiente. Debemos trabajar. La tierra de la escritura. Hasta el punto de volvernos la tierra. Trabajo humilde. Sin recompensa. Excepto el goce. La escuela es interminable”.
H. Cixous

3.1 El escrito: Acontecer de la escritura

Se puede suponer que hay un libro sobre escritura que se halla en la mesa de un cuarto. El lector llega a su rincón y, en vez de cualquier otra cosa, tiene a su lado, y al alcance de la mano, ese libro. ¿En qué sentido lo anterior podría generar una experiencia de escritura (y de lectura) como hospitalidad educativa? ¿Cómo podría la escritura introducir en el campo educativo otra dimensión para recibir al otro?

La relación entre escritura-experiencia y hospitalidad-educación no es casual, hipotética o despreciable: “un acto de hospitalidad no puede ser sino poético”⁷¹. La hospitalidad educativa es incondicional y requiere “un arte y una poética, pero toda una política depende de ello, toda una ética se decide ahí”⁷².

⁷¹ DERRIDA, Jacques, citado por DUFOURMANTELLE, A.: ‘Invitación’, en DERRIDA, J. y DUFOURMANTELLE, A.: La hospitalidad. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 2006, p. 10.

⁷² DERRIDA, Jacques: ‘El principio de hospitalidad’, en: Papel máquina. La cinta de máquina de escribir y otras respuestas. Madrid: Trotta, 2003, p. 240.

En esa medida, es cuando se experimenta la escritura que se asume como hospitalidad. Piénsese en la siguiente imagen: un árbol cuyas raíces crecen de manera extraña. Algunas dejan la tierra y se convierten en ramas. Se elevan, se doblan y surgen sobre la tierra, retomando su ser raíz, volviendo a ser raíces. Se entrecruzan con las otras que han sido siempre subterráneas, y de ese modo, siguen nutriéndose y alimentando todo el árbol a partir de la tierra. Árbol extraño, raíces extrañas, extraña fidelidad. Dichas raíces parecen asumir una especie de renuncia de su condición subterránea y se elevan hacia la luz del sol. Generan una desproporción y abandonan su lugar, la situación que les está asignada por la naturaleza, por su condición de raíces. Sin dejar de ser raíces, abandonan lo suyo, lo propio y se exponen a lo ajeno, a la alteridad. Pura infidelidad. Pero sin renunciar a ser ramas, vuelven a ser raíces, retoman lo propio de la raíz, lo subterráneo, conservando una parte de sí en el lugar del otro, de las ramas. El espíritu de fidelidad a la tierra comporta una infidelidad. La noción de lo propio se expone a una salida, un desbordamiento, una desapropiación, que no anula la singularidad, sino que la dispone de cara a la alteridad, como ante un espejo.

Así la escritura, en su dimensión educativa, deviene en *hacer como otro*: una dimensión del acontecimiento espaciado por la exposición de la letra, de mí mismo. Por eso, darse al acontecimiento educativo, es permitir que el otro sea escritor y lector a la vez.

El escrito, cada escrito, está abriendo espacio, y por ello puede ser visitado, revisitado, explotado en su infinito potencial interpretativo. El escrito no es otra cosa que el acontecer de la escritura.

Quien escribe se mide con el escrito como en un espejo, se mide con el otro del escrito, se compromete con él (con quien lee), se hace cargo de él sin absorberlo, sin capitalizar las interpretaciones que él genera y que son inagotables.

El desvío sobre lo escrito, sobre el acontecimiento, sobre la escritura del acontecimiento, pone en la pista de la raíz que se vuelve rama para otra vez retornar a su lugar originario. La cuestión es de exposición (o de *expeausición* o *expielsición*⁷³). En el exponerse como un otro es donde ocurre la verdadera escritura, la verdadera educación, el verdadero acontecimiento.

3.2 La lectura: Inauguración de un lugar

⁷³ “Cuerpo expuesto: esto no significa la puesta a la vista de lo que, ante todo, había estado ocultado, encerrado. Aquí la exposición es el ser mismo y esto se llama: el existir. *Expielsición: firma directamente en la piel, como la piel del ser*. La existencia es su propio tatuaje”. NANCY, Jean-Luc. El sentido del mundo, Op. cit., p. 98. (Las cursivas son mías).

En la página se revela la exposición del otro, de lo que llega. Página y palabras se interrumpen, y se exponen en su singularidad.

El momento de la creación acontece como fidelidad. Así la escritura se dimensiona en tanto transformación, “de otro modo que ser”⁷⁴, con otra autoridad. Deviene el mundo en la página desde un lenguaje que abre una fisura en lo impuesto. Ahí, en la fisura, puede que algo se genere o se eleve, por eso escribir, en su hacerse cargo de las huellas que se cruzan y se desplazan en lo escrito, puede romper toda normatividad, toda imposición de la escritura logocéntrica⁷⁵. El escribir recrea nuevas sintaxis, nuevos lenguajes, nuevas articulaciones. ¿Cómo el acto educativo puede generar encuentros a partir de la escritura? El acto educativo siempre se escribe. Es así que la escritura da paso a otro lugar, potencia la invención, la apertura de la memoria, la búsqueda de otros caminos que están en quien lee.

La lectura permite la inauguración de un lugar, un lugar para el otro. El escrito empuja hacia adelante, rompe la materia de las palabras, la trastorna, para que pueda irrumpir el otro del escrito, de la obra, y pueda hospedarse ahí, aquí. Se dice hospedarse como interface, como cuerpo de paso, como encuentro, como marca. La cuestión de la hospitalidad y de la espera de quien lee es la cuestión del lugar de la página. La recepción de quien lee acontece en un lugar, en un aquí-ahora. Y su paso, es un paso desencajado, por su esencialidad errante.

Entre quien escribe y quien lee, entre las palabras y la invención: el escrito. El escrito se produce en el incendio de las palabras, en la combustión del sentido. El escrito es la ceniza, lo que resta del incendio, la morada de quien lee. El lenguaje de la ceniza dialoga en el incendio, en el consumirse de las palabras.

El escrito ofrece una hospitalidad educativa, en tanto experiencia⁷⁶ de escritura, para habitar la soledad de las palabras. Esta hospitalidad se escribe bajo el riesgo, lejos de la previsión, de los procedimientos. Se escribe, como el escrito, en la exposición del sentido. Por eso, el escrito se da en la apertura de sí mismo, en cada línea, en cada trayecto, a través de la interrupción de las palabras, que son el corazón latiendo de quien lee.

Y el escrito se resguarda. Su lugar se va cediendo. Deja huellas, y los cuerpos se donan al tránsito: se re-envían, difieren. Quien lee y quien escribe, asumen el riesgo, todos los riesgos, del encuentro incierto con lo otro.

⁷⁴ Para Levinas, de otro modo que ser, debiera ser leído como un esfuerzo por emprender el movimiento de trascendencia que no quede prisionero de la dicotomía ser – no ser.

⁷⁵ La escritura logocéntrica es aquella que se mueve en los límites del pensamiento en donde la palabra es signo, es sentido único y la escritura mantiene una relación complementaria con éste. Esta escritura ocupa el lugar de una exclusión que varía entre lo desconocido o lo temible.

⁷⁶ Para entender el concepto de experiencia se puede leer a LARROSA, Jorge. La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación. Barcelona: Laertes, 1996.

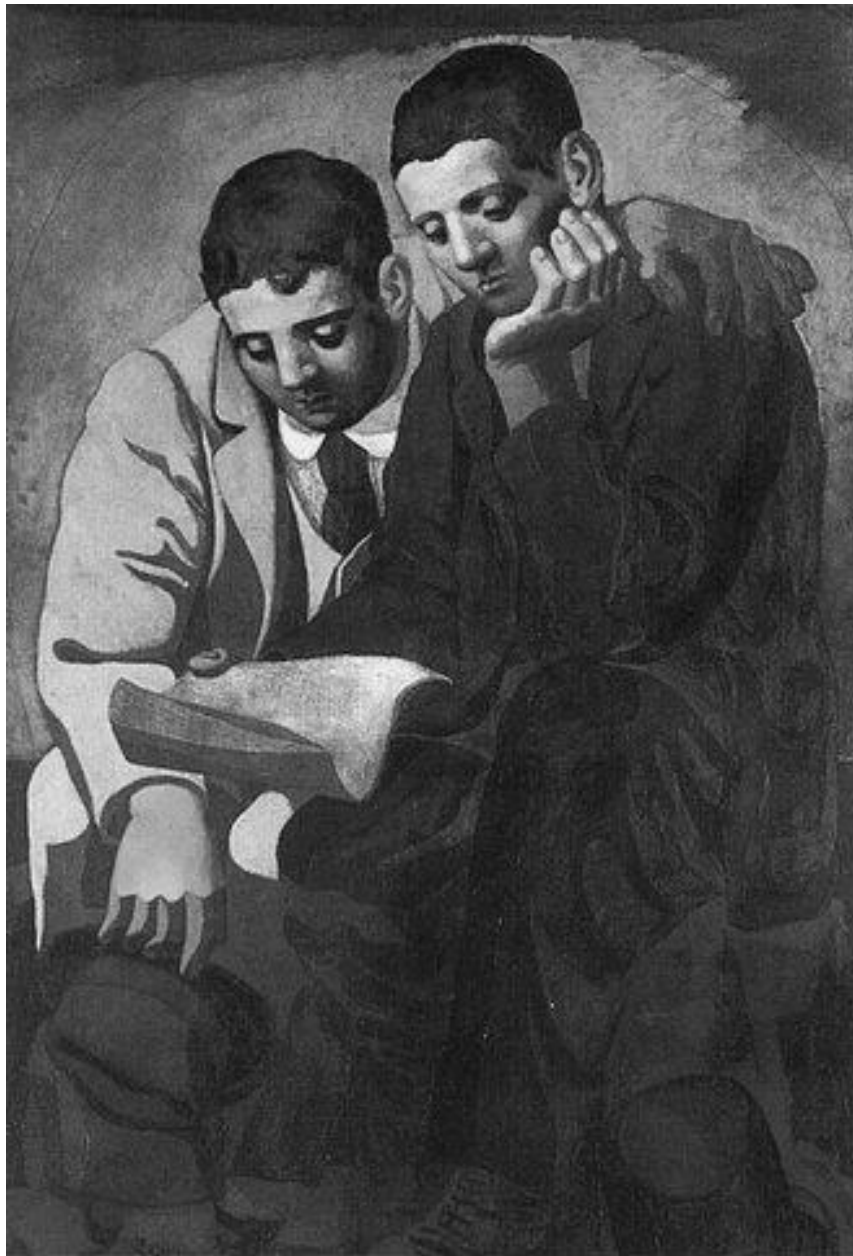
Así el escrito se recoge y recoge, recorre y se recorre: la escritura, el deseo de sentido, el golpe de las palabras, ejercen sobre la página un espacio que da lugar para el acontecimiento, para la acogida. El espaciamento del acontecimiento es hospitalidad del otro, de ese otro que no satura el deseo, sino que lo vuelve más ingente. Y la creación, se presenta como una instancia y una insistencia para pensar el acontecimiento, acogerlo, escribirlo, inventarlo y delinear una poiesis de lo educativo.

3.3 El escrito: Lugar de la relación

El escrito, al igual que la educación, es lugar de la relación, del re-encuentro con el otro. Es esto lo que lo hace ser, lo que le da la posibilidad de ser.

IMAGEN 8.

Pablo Picasso
Reading the letter



Fuente: [http://en.wikipedia.org/wiki/Reading_the_Letter_\(Picasso\)#mediaviewer/File:Reading_The_Letter_Picasso_1921_small.jpg](http://en.wikipedia.org/wiki/Reading_the_Letter_(Picasso)#mediaviewer/File:Reading_The_Letter_Picasso_1921_small.jpg)

Leer y escribir, pues, como experiencias, como salidas que enfrentan con lo extraño y como posibilidades de un nuevo comienzo, son la trama, la narración, que ayudan en la tarea de la invención, de reaprender la palabra y la imaginación poéticas. Porque es en lo escrito y en lo que se lee, donde lo fugaz se detiene, donde la educación abandona las enquistadas pretensiones de

moldear la mirada del otro para devenir en el acontecimiento de una mirada, de una palabra, de un encuentro con el mundo.

Puesto que este tipo de experiencias (leer y escribir) son una relación, lo importante no es el escrito, sino la relación con éste. El escrito funciona como el acontecimiento, como el eso de lo que se escribe y se lee. Por eso se tiene que tener alguna dimensión de exterioridad, de alteridad, de experiencia. Y

... hacer una experiencia con algo significa que algo nos acaece, nos alcanza; que se apodera de nosotros, que nos tumba y nos transforma. Cuando hablamos de 'hacer' una experiencia eso no significa precisamente que nosotros la hagamos acaecer; 'hacer' significa aquí: sufrir, padecer, tomar lo que nos alcanza receptivamente, aceptar, en la medida que nos sometemos a ello. Hacer una experiencia quiere decir, por tanto: dejarnos abordar en lo propio por lo que nos interpela, entrando y sometiéndonos a ello. Nosotros podemos ser así transformados por tales experiencias, de un día para otro o en el transcurso del tiempo⁷⁷.

La relación de lectura-escritura se dimensiona como singular. Y también como incomparable, como irrepetible, como única. Es decir, como otro (de lo que se puede identificar, de lo que se puede representar, de lo que se puede comprender). La posibilidad de esta relación que se refiere supone que lo real se proyecte en su alteridad constitutiva. Los sujetos de la relación (quien lee y quien escribe) serán sujetos de la experiencia: Abiertos, vulnerables, sensibles, temblorosos, de carne y hueso. Así se crean espacios en los que sucede lo otro, lo imprevisto. Como en la vida misma.

Aquí hay que entender que todo lo anterior se dará en la interrupción, la discontinuidad, la posibilidad del acontecimiento, en la venida del porvenir, de lo que no se sabe y no se espera, de lo que no se puede proyectar, ni anticipar ni rever ni rescribir, ni predecir.

Continuación del tiempo porque será un tiempo otro, el tiempo del otro. O del dar una palabra que no será nuestra palabra sino una palabra otra, la palabra del otro. Y es ahí donde dar a leer es dar lo que no se tiene. O es ahí donde dar a leer es dar la aceptación de la vida de las propias palabras.

3.4 Poética de la lectura

⁷⁷ LARROSA, Jorge. Sobre la experiencia. En:
<http://www.raco.cat/index.php/Aloma/article/viewFile/103367/154553> , p. 17.

"La relación del maestro con el discípulo es la misma relación de la palabra, cuando en ésta lo inconmensurable se hace medida y la irrelación, relación."

Maurice Blanchot

Siguiendo los planteamientos de Fernando Bárcena⁷⁸, el ejercicio de la lectura se debe plantear, desde el ámbito educativo, como una poética del leer más que como una política de la lectura. En esa medida, el leer (y así también escribir) son espacios donde las palabras se espacian, donde las palabras, como nacidas de un vacío, se donan como promesa.

¿Pero cómo uno mismo se relaciona en tanto escritor y lector de un texto? Sería válido, siguiendo a Bárcena, plantear una erótica de la interpretación, en la que no se propone una lectura desplegada en sí misma por su propio ejercicio, sino una apertura plena y desnuda con el escrito. Lo anterior se puede resumir en una imagen: Las palabras respirarían por cada lector, serían su aliento. Y así el escritor se dejaría nombrar por lo que escribe, en consecuencia el lector se dejaría nombrar por lo que lee.

La lectura y la escritura, como aperturas de creación, permitirían un reconocimiento del mundo, de cada uno. En palabras de G. Steiner:

Un "clásico" de la literatura, de la música, de las artes, de la filosofía es para mí una forma significativa que nos "lee". Es ella quien nos lee, más de lo que nosotros la leemos, escuchamos o percibimos. No existe nada de paradójico, y mucho menos de místico, en esta definición. El clásico nos interroga cada vez que lo abordamos. Desafía nuestros recursos de conciencia e intelecto, de mente y de cuerpo [...] El clásico nos preguntará: ¿has comprendido?, ¿has reimaginado con seriedad?, ¿estás preparado para abordar las cuestiones, las potencialidades del ser transformado y enriquecido que he planteado?⁷⁹

La cita de Steiner permite delinear una política de la lectura en la que el lector se deja llevar por la discontinuidad de la interpretación. No está mal. Pero se trata de que la lectura, al igual que la escritura, restablezca la magia de las palabras, dándole cuerpo a sus silencios. Pues

Esta blancura, este silencio, son nuestro espejo más puro. La palabra a la que interrogamos nos interroga a su vez. Somos, de repente, el desgarro del libro, su esperanza y su desamparo, descuartizado por nuestras contradicciones, por nuestra imposibilidad de ser⁸⁰.

⁷⁸ Para entender estos planteamientos habría que recurrir a la lectura de dos textos de Bárcena. El delirio de las palabras y La esfinge muda. El aprendizaje del dolor después de Auschwitz. Ambos publicados en España. La primera bajo el sello editorial de Rúbeo y la otra bajo el sello editorial Anthropos.

⁷⁹ STEINER, George. Errata. El examen de una vida. Madrid: Siruela, 1998, p. 32.

⁸⁰ JABES, Edmond. Del desierto al libro. Entrevista con Marcel Cohen. Madrid: Trotta, p. 128.

Precisamente se asume una preservación del secreto que desborde en una pluralidad de sentidos que posibilitan un encuentro entre dos tiempos (el de la escritura y el de la lectura). Vista la propuesta de esa manera,

... es una buena pista para repensar la idea de lo que significa leer en un contexto en el que maestros y discípulos se reúnen. Porque lo que acontece entre un maestro y su alumno o, más generalmente, entre un adulto y un joven que se reúnen con un propósito más o menos educativo es, ni más ni menos, una relación cara a cara que puede ser para el más joven, pero también para el menos joven, algo humanamente apasionante. Y aquí lo de menos es que haya o no libros. Si los hay, y son los mejores, pues bien. Pero puede haber otra clase de textos. Lo que en cualquier caso puede llegar a darse es un encuentro lector, una relación de lectura entre ambos, mediada por alguna clase de texto, sea un libro, un poema, una obra de arte o una buena película⁸¹.

¿Cuál sería el fin de la lectura? Es seguir leyendo, hasta dejar de hacerlo, y empezar a vivir de otro modo pues

Por una parte escribo para aprender a vivir mejor, para ser una persona mejor. El otro motivo es más sentimental: una parte de mí espera que el lector detenga la lectura y dirija su cabeza hacia aquellos que ama, y los contemple con una mirada nueva⁸².

Esa mirada en el escritor y en el lector, es una especie de milagro que permite comunicarse con el silencio de las palabras que es el ruido del mundo, su acontecimiento, la alteridad siempre por venir que anhela toda praxis educativa.

⁸¹ BÁRCENA, Fernando. El delirio de las palabras. Op. cit., p. 26.

⁸² MICHAELS, A. "Escribo para ser mejor persona". Entrevista concedida a Alfonso Armada. ABC Cultural, Buenos Aires, 24 de marzo de 2001. pp. 7-8.

CONCLUSIONES

La propuesta de este Trabajo de Grado es clara: toda experiencia de escritura (y de lectura) es una re-vuelta de las palabras, en donde éstas son atravesadas por el sentido y los cuerpos que se asumen como travesías de la escritura.

Las palabras, desde su gestación originaria hasta su iluminación interna, se tensan en el recorrido articulado del lenguaje y del pensamiento, para revelar una búsqueda casi ontológica del acto creador, sin olvidar los gestos de (auto)reflexividad performativa: tanto quien escribe como quien lee son puestos en escena, a través de una escritura en proceso, desde un movimiento de re-construcción de lo que implica el mismo escrito.

De quien escribe a quien lee, de la escritura al Trabajo de Grado, del sentido a la palabra, este Trabajo se ha centrado en el punto de convergencia entre esas dimensiones y ha indagado en sus formas de exponerse. Tomando como eje el propio escrito, en relación con lecturas de varios autores, se ha procurado un acercamiento a la cuestión de la escritura desde una perspectiva práctica, para descubrir que existe un único camino de indagación que es el de la misma escritura.

Después de este trasegar escritural se puede decir que escribir (entiéndase también leer) es exponerse a las palabras, a sus sentidos, es hacer que el escrito estalle. La escritura es, como experiencia una formación, y la formación se puede metaforizar como lectura. Eso implica formarse en el cuestionamiento, en la recreación, en la formación de sentido.

Quien escribe aprende en el lugar de la escritura, y se arriesga a mucho cuando escribe. Porque cuando escribe se compromete en el aprender, en la acción de aprender. Y así, hace del escribir aprendizaje, y del aprendizaje una lectura viva, dinámica, sonora, comentada, necesitada de otras escrituras así como también de quienes leen. Quien escribe aprende leyendo y, en ese aprender, lo que aprende es a sí mismo: se aprende. Al final, sabe que tiene que dar lo que tanto necesita: el acogimiento de las palabras como re-vuelta. La escritura, así, es escritura de un aprender. Y es, por lo mismo, un aprendizaje, tanto de la lectura, como de lo que todo escribir entraña: una arriesgada hospitalidad.

En suma, se podría concluir que:

Yo formé cuerpo, desde siempre, con la pregunta y
dejé que el libro me sostuviese.

Yo he enfrentado la semejanza y asumido la subversión.

Me he dedicado a circunscribir lo real y lo irreal;
la ausencia y la presencia; la vida y la muerte,
la palabra y el silencio.

He ampliado el diálogo y definido lo que era
compartir⁸³.

⁸³ JABES, Edmond. El libro de la hospitalidad. Madrid: Trotta, 2006, p. 20.

BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, Giorgio. Profanaciones. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2005.

AGUILAR, Antonio. Blanchot: Retórica y escritura. Barcelona: Anthropos, 2001.

BARCENA, Fernando. *La esfinge muda. El aprendizaje del dolor después de Auschwitz*. Barcelona: Anthropos, 2001.

_____. El delirio de las palabras. Ensayo para una poética del comienzo. Barcelona: Herder, 2004.

BARICCO, Alessandro. Seda. Bogotá: Anagrama, 2011.

BARTHES, Roland. La Cámara Lúcida. Nota sobre la fotografía. Madrid: Pretextos, 1999.

BLANCHOT, Maurice. El Libro que Vendrá. Caracas: Monte Ávila Editores, 1992.

_____. El paso (no) más allá. Barcelona: Paidós, 1994.

CABAL, Beatriz. Miedo. Buenos Aires: Alfaguara, 2009.

CIXOUS, H. El amor del lobo y otros remordimientos. Madrid: Arena Libros, 2009.

_____. La llegada a la escritura. Madrid: Amorrortu, 2007.

_____. La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura, Barcelona: Anthropos, 1995.

DELEUZE, G. Crítica y Clínica. Barcelona: Anagrama, 2009.

_____. El pliegue: Leibniz y el barroco. Barcelona: Paidós Ibérica, 1989.

DERRIDA, Jacques. Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional. Madrid: Trotta, 2003.

_____. Espolones. Los estilos de Nietzsche. Valencia: Pre-textos, 1981.

_____. La diseminación. Madrid: Fundamentos, 1975.

_____. Márgenes de la filosofía. Madrid: Cátedra, 2003.

_____. Papel máquina. La cinta de máquina de escribir y otras respuestas. Madrid: Trotta, 2003.

DERRIDA, J. y DUFOURMANTELLE, A.: La hospitalidad. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 2006.

DERRIDA, Jacques y ROUDINESCO, Élisabeth. Y mañana qué... Buenos Aires: FCE, 2003.

DERRIDA, Jacques y FATHY, Safaa. Rodar las palabras. Al borde de un filme. Madrid: Arena Libros, 2004.

DICKINSON, Emily. 71 poemas. Madrid: Anagrama, 2001.

GABILONDO, Ángel. Huéspedes del por-venir. Madrid: Cruce, 1997.

_____. Menos que palabras. Madrid: Alianza, 1999.

GLISSANT, Édouard. Introducción a una poética de lo diverso. Barcelona: Ediciones del Bronce, 2002.

HEIDEGGER, Martin. Caminos de bosque. Madrid: Alianza, 1998.

HERNÁNDEZ LEÓN, Juan Miguel. Conjugar los vacíos. Madrid: Abada Editores, 2005.

JABES, Edmond. Del desierto al libro. Entrevista con Marcel Cohen. Madrid: Trotta.

_____. El libro de la hospitalidad. Madrid: Trotta, 2006.

JIMÉNEZ, J. Cuerpo y tiempo. Barcelona: Destino, 1993.

LARROSA, Jorge. La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación. Barcelona: Laertes, 1996.

LEZAMA LIMA, José. "Confluencias". La cantidad hechizada, La Habana: Unión, 1970.

LISPECTOR, Clarice. La pesca milagrosa. Madrid: Siruela, 1988.

MICHAELS, A. "Escribo para ser mejor persona". Entrevista concedida a Alfonso Armada. ABC Cultural, Buenos Aires, 24 de marzo de 2001.

NANCY, Jean-Luc. Corpus. Madrid, Arena Libros, 2003.

_____. El olvido de la filosofía. Madrid: Arena, 2003.

_____. El sentido del mundo. Buenos Aires: La Marca, 2003.

_____. Un pensamiento finito. Barcelona: Anthropos, 2002.

_____. Ser singular plural. Madrid: Arena, 2006.

RODRIGUEZ MARCIEL, Cristina. Nancytropias. Topografías de una filosofía por venir en Jean-Luc Nancy. Madrid: Dykinson, 2011.

SANTOS, Julián. Círculos viciosos. En torno al pensamiento de Jacques Derrida sobre las artes. Madrid: Biblioteca Nueva, 1999.

SLOTERDIJK, Peter. Extrañamiento del mundo. Valencia: Pre-Textos, 2001.

STEINER, George. Errata. El examen de una vida. Madrid: Siruela, 1998.

WEBGRAFÍA

BLANCHOT, Maurice. La ausencia del libro. En:
http://www.jacquesderrida.com.ar/restos/blanchot_ausencia_libro.htm

LARROSA, Jorge. Sobre la experiencia. En:
<http://www.raco.cat/index.php/Aloma/article/viewFile/103367/154553> , p. 17.